héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA

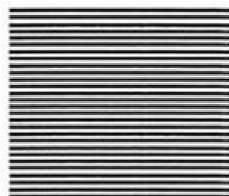
VAGABUNDO DEL TIEMPO

ROCCO SARTO

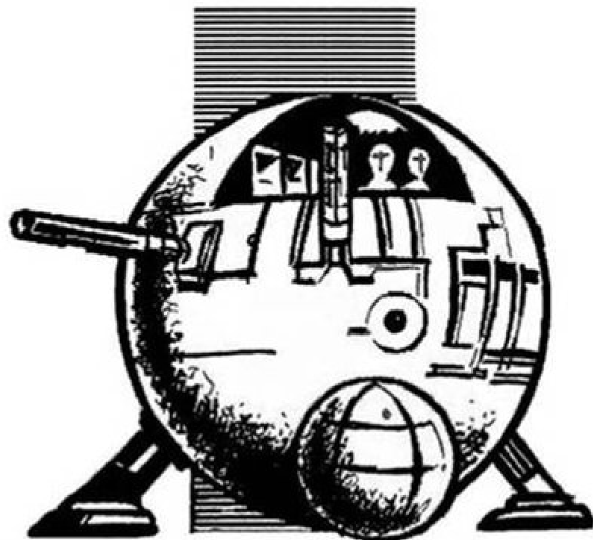


SOLO PARA ADULTOS

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>



héroes del ESPACIO



<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

35. - *Orbita mortal* - Law Space.
36. - *La nave del espacio* - Curtis Garland.
37. - *El coleccionista de seres* - Joseph Berna.
38. - *La transmutación del traidor* - Ralph Barby.
39. - *Extranjeros en la Tierra* - Eric Sorenssen.

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

ROCCO SARTO

VAGABUNDO DEL TIEMPO

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 40
Publicación semanal

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

EDICIONES CERES, S. A.

AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (6)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. B. 35.096 - 1981
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero, 1981

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A
Agramunt, 8
Barcelona - 6

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

01

El sol, pálido y anémico, alumbraba la ciudad.

A través de los años aquel rey sol, dios poderoso y autosuficiente, había ido envejeciendo paulatinamente, perdiendo en el curso de los siglos su energía infinita. La Tierra, en un arduo proceso inverso, había aplicado todos sus conocimientos tecnológicos al único fin de aprovechar el lento ocaso energético del astro.

La fauna y la flora, preservadas en enormes reservas, eran cotos cuidadosamente atesorados. De ellos se extraían las materias primas que servirían para elaborar los micro alimentos de la población, servidos en unidades familiares o individuales por el Departamento de Mantenimiento del *Organum*.

El *Organum* gobernaba la Tierra a través de un conjunto de equipos muy especializados cuya acción dependía de las directrices del Centro de Computación.

Las decisiones eran el resultado de una ajustadísima programación y los hombres y mujeres que se ocupaban de las grandes y complejas computadoras no eran más que simples peones en un mundo en el que la técnica había ganado la batalla definitiva.

El control de la natalidad, la alimentación, las diferencias raciales y políticas, las luchas sociales, todas las variables que en un pasado muy lejano habían alterado el orden del planeta, se hallaban ahora registradas en la memoria de la computadora madre como un dato más, absolutamente superado por la tecnología desesperada que hizo eclosión en los siglos XXII y XXIII, después del gran holocausto de lo que se dio el llamar la Guerra Final, o, según los antiguos, la Tercera Guerra Mundial.

El sangriento colonialismo de los imperios de la antigüedad

había sido sustituido por un nuevo tipo de conquista.

Las naves interestelares cruzaban la galaxia de uno a otro confín procurando extraer de lejanos planetas las materias primas que necesitaba la Tierra para su supervivencia.

Hacía más de cien años que se había detectado vida extraterrestre, vida animal no inteligente. Y de aquellos planetas habitados por extrañas criaturas las naves del *Organum* extraían todo lo que resultara útil para la nueva civilización terrícola, aunque ello implicara someter a los planetas depredados a un ignominioso desequilibrio ecológico. Dos de ellos se habían convertido en estrellas muertas y desiertos luego de varias décadas de saqueo desenfrenado.

Los estudiosos del *Organum* entendían que aquella filosofía ayudaba a preservar el orden en la Tierra. En la medida en que la conquista y la colonización de otros planetas ponían los afanes del hombre fuera, en la galaxia infinita, estos afanes, la ambición inherente a la conducta humana, no se volvían contra el propio hombre permitiéndole así conservar en la Tierra una total solidariedad.

El Organum gobernaba con tranquilidad y acierto. Su máxima de gobierno se resumía en dos conceptos claves, repetidos hasta el infinito por hombres, mujeres y niños: «orden y tecnología».

El *Organum* era el único dios del hombre.

Y la biografía de ese dios bullía en los miles de circuitos, cables y controles de la computadora madre, memoria tecnológica de la historia del mundo.

* * *

El Consejo Superior del *Organum* estaba congregado. Era una reunión extraordinaria y ultra secreta. Se trataba de juzgar a un hombre.

Parrish Bok era el último disidente de aquella sociedad perfecta y aséptica.

—Parrish Bok, el Consejo Superior del *Organum* ha tomado una decisión. En aras de la imparcialidad, hemos sometido nuestro examen de su conducta al centro de Computación. Hemos recibido dos respuestas.

Los doce miembros del consejo, vestidos con los trajes amarillos, según correspondía a su jerarquía, estaban sentados tras la amplia

mesa semicircular del tribunal, Eran hombres jóvenes y capaces, técnicos talentosos y justos, elegidos para desempeñar aquel cargo por la precisa designación de la computadora madre.

En el centro del semicírculo, el acusado, un hombre alto y de rostro anguloso, aguardaba de pie el veredicto.

—Siéntese, Bok —dijo el portavoz del consejo. Alan Plumb, y sus ojos profundos sonrieron al hombre alto.

—Es usted un hombre peligroso para nuestra sociedad, La última misión ha revelado una vez más que su temperamento rebelde agresivo no es compatible con la ideología del *Organum*. Según las leyes debería ser sometido a un tratamiento de reeducación química y entonces ya no habría más problemas con usted. En este caso, tiene el derecho de negarse al tratamiento y, entonces, elegiría morir. No hay otra alternativa prevista en la ley y usted lo sabe,

Alan Plumb hizo una pausa.

Todos los miembros del Consejo Superior observaban al hombre que tenían ante sí.

—La computadora madre, sin embargo, nos reveló otra posibilidad.

Parrish Bok no pudo evitar un brillo de esperanza en sus profundos ojos grises. Su cuerpo atlético y entrenado se tensó bajo el brillante traje negro de los disidentes,

—Usted puede elegir ser voluntario en un experimento científico, ésta es la alternativa. La única posibilidad prevista, con carácter de excepción en la ley del *Organum,*

Parrish supo inmediatamente que para él no había elección. Jamás aceptaría ser reeducado, su única posesión era su mente, su inteligencia, su enorme sentido común, tan caro a su vida y tan peligroso para aquel equilibrio social que la Tierra había elaborado artificialmente con la ayuda de la computadora madre.

Tendría que suicidarse. Su elección debía ser suicidarse, No había otra,

Y ahora, el portavoz; del Consejo le ofrecía una salida diferente.

Parrish ya conocía a los miembros del tribunal, hacía quince años que trabajaba en el Departamento de Ingeniería Espacial y en uno u otro momento había tenido contacto con cada uno de aquellos hombres.

—¿Cuál sería su decisión si debiera optar entre el proceso de

reeducación o el suicidio? —preguntó Alan Plumb.

—La muerte —replicó el aludido sin vacilar.

—Contábamos con ello, Bok.

Los miembros del Consejo Superior intercambiaron una mirada y luego, Plumb dijo:

—Voy a confiarle cuál será el experimento. Si usted lo rechaza el secreto de lo que voy a decirle morirá con usted. Si acepta el riesgo y se le encomienda esta misión, permanecerá aislado hasta el momento de partir.

Parrish sonrió al hombre que le hablaba.

No obtuvo respuesta.

Detrás de los jueces se alzaba la enorme pantalla cartográfica del sistema galáctico controlado por el *Organum*.

Unas luces brillantes y verdes indicaban aquellos planetas que todavía no habían sido totalmente colonizados. Los puntos negros, opacos y silentes, eran los indicadores de aquellos mundos completamente saqueados.

Por una extraña asociación de ideas, Parrish se identificó con aquellos mundos agotados.

—Hemos inventado un nuevo combustible y finalmente…

—…Habéis llevado a la práctica mi prototipo —le interrumpió Parrish.

Plumb no pudo evitar un gesto de desagrado por la impertinente intervención del acusado; sin embargo, no dijo nada.

«Así es —pensó Parrish— mi prototipo, la causa de mi persecución es ahora mi única alternativa de libertad.»

—El prototipo de *Organum* y el nuevo combustible han sido suficientemente probados. Creemos que su sentido común, su rebeldía, su temperamento de hombre de acción, en fin, su conducta indisciplinada en nuestra sociedad pueden resultarle útiles en el proyecto que vamos a confiarle.

«Vamos, dilo de una vez —pensó Parrish—, escúpelo.»

Los seis meses de confinamiento en la prisión espacial le habían hecho reflexionar. Y no del modo en que esperaban los encargados de su vigilancia y control. Todo lo contrario. Había llegado a la conclusión de que la Tierra, su planeta y su civilización, ya no la importaban en absoluto.

Se sentía vacío, sin ganas de nada; su trabajo como ingeniero

espacial le había valido el calificativo de «genial» y, sin embargo, la disciplina a que estaba sometido le ahogaba; sus ideas, sus sueños estaban sujetos a un nuevo tipo de burocracia, la burocracia de los tecnócratas espaciales y a veces una innovación, una ocurrencia fantástica de su mente privilegiada tardaba meses y meses en ser aceptada.

El test computarizado de nivel intensivo había catalogado su súbita indolencia como «factor negativo» y el mundo mecánico de los circuitos programados eso significaba una sola cosa: *sujeto nulo*. La consecuencia, tabulada en la ley era la que Plumb le comunicara al iniciarse el juicio: reeducación o suicidio.

Sin embargo, su propia indisciplina, su desobediencia a las órdenes, el hecho de haber continuado experimentando con su prototipo a pesar del control y las minuciosas inspecciones de *prioridad alfa*, le había salvado.

Sólo cabía esperar que el Consejo le informara de los pormenores del proyecto.

Un proyecto que Parrish Bok, a pesar de toda su genialidad, jamás hubiese imaginado; y cuyas consecuencias resultarían estremecedoras.

02

Alan Plumb apretó un botón del pequeño tablero de mandos que había, junto a su butaca y el enorme panel metálico que cubría el techo del salón se deslizó con un zumbido.

El sol comenzaba a ocultarse y el cielo límpido y hermoso apareció en el recuadro abierto a través de una lámina transparente de fibra resistente,

—La razón de su viaje está allí, Parrish, en algún lugar del espacio, envolviendo la Tierra, Su descubrimiento es casi una casualidad. Sin embargo, nuestro Departamento de Investigación Física lo había detectado hace ya algún tiempo.

Los miembros del Consejo miraron hacia el espacio y luego clavaron la mirada en Parrish.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Lo hemos denominado el *Hueco del Tiempo*.

Ya estaba. Finalmente lo había dicho.

—Entiendo —dijo Parrish,

—¿Lo entiende?

—El objeto de mi prototipo, si me permiten explicarlo, era precisamente el de hallar las coordenadas donde se halla el *Hueco*, por decirlo gráficamente, y propulsarse fuera.

—¿Fuera?

—Sí, fuera de *nuestro* tiempo.

Un movimiento imperceptible en aquellos hombres inmaculados y precisos sorprendió a Bok.

No eran hombres simples, tenían la categoría Inmutable de los entes que no padecen de la mágica capacidad del asombro, Aquella cualidad les había convertido en seres disciplinados y obedientes, y les llevó, junto al resto de la humanidad, a una era de deslumbrante

magnificencia tecnológica.,

A cambio de ello habían perdido su torrente afectivo, transformándolo, a través de las sucesivas generaciones, en un manso caudal controlado y cuyo único objetivo consistía en el micromundo especializado de su quehacer técnico,

—La dificultad era el combustible —prosiguió Parrish.

—Lo tenemos.

—¿*Gersodio*?

—Sí, aislado, sólido y prácticamente de poder infinito, Lamentablemente, sólo contamos con una cantidad mínima y a menos que hallemos nuevos yacimientos en otras galaxias me temo que es nuestra única y última muestra,

—Comprendo,

—Si usted tiene éxito y consigue atravesar el *Hueco del Tiempo*, entonces nuestras posibilidades de desarrollo serán incalculables. Todo nuestro sistema deberá ser recompuesto a partir de las nuevas variables de tiempo espacio, y podremos alcanzar el futuro.

—¿Y el pasado?

—Nuestra meta es el futuro, Parrish; el pasado está detalladamente registrado en la memoria de la computadora madre, y ya es suficiente. Nuestra civilización ha creado una nueva historia, una nueva escalada de valores el pasado, nuestro pasado, está presente en nuestros actos. Todo lo que haya ocurrido antes más vale que permanezca almacenado en el Centro de Computación. El siglo XX acabó consigo mismo. Nuestra era es la única válida. Lo dice la ley.

Había un marcado tono de reconvención en la voz de Plumb, y Parrish decidió no forzar las cosas.

—¿Hay algo más que debamos explicarle? —preguntó entonces con suavidad.

Parrish estuvo tentado de decirle que sí, que había algo más, mucho más. ¿Qué harían con el futuro? ¿No bastaba con esterilizar el presente? ¿Querían también erradicar del futuro aquellos emergentes como él mismo que pudieran congestionar el sistema? Hombres dispuestos a pensar por sí mismos, a crear, a seguir sus propios métodos, hombres que tratarían de descubrir el significado de esa palabra muerta y enterrada, la palabra amor.

Pero se contuvo.

—No, nada más —replicó por fin.

—Esperamos su respuesta.

—Acepto. Iré en el prototipo.

—Bien —dijo Plumb con visible regocijo.

—Pero hay una condición.

—Comandante Parrish, las condiciones están registradas en la ley.

Bien, habían vuelto a otorgarle su antiguo cargo de comandante espacial.

—Lo sé, sin embargo, este viaje es mi responsabilidad, ustedes necesitan alguien como yo y yo necesito de mis condiciones para realizarlo. Mucho me temo que mis condiciones no sean las vuestras.

Plumb miró a sus colegas. Parecían un racimo de gemelos amarillos, creados por la misma contribución genética,

—¿De qué se trata? —preguntó Plumb.

—Tendré absoluta libertad para programar la computadora manual del prototipo. El Consejo podrá ocuparse de la computadora fija, y yo conectaré las dos, Pero la MIJ manual dependerá de mí

Un silencio denso invadió el recinto.

La MIJ manual era el último modelo de computadora y programarla *individualmente* la convertía en el instrumentó más poderoso que jamás hubiese poseído hombre alguno,

—Le daremos una respuesta por la mañana —dijo Plumb.

Todos se pusieron de pie.

Parrish salió del recinto por el panel corredizo que Plumb maniobró desde su tablero de control.

Recorrió el largo pasillo blanco y brillante hasta el final. Entró en su célula hermética.

Su vida dependía de ellos y Parrish notó que ahora sí le preocupaba la decisión que tomaran. Había comprendido que para él todavía existía una oportunidad de vivir al margen de los preceptos del *Organum*. Y esa posibilidad recaía en aquel proyecto casi demencial.

Escapar del *Organum* sólo podía conseguirse escapando de su propio tiempo.

El panel corredizo que permitía el acceso a su celda volvió a deslizarse.

La mujer entró con paso elástico y seguro.

—Soy Galia —dijo lacónicamente.

Llevaba el mono rosa del Servicio Sexual.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó él.

Ella le miró extrañada, no comprendía lo que aquel hombre le preguntaba.

—Soy de la unidad de placer —replicó mecánicamente.

Parrish lanzó una carcajada. En el Banco de Procreación había suficientes muestras seminales como para mantener equilibrada la población del planeta.

Las relaciones entre hombres y mujeres tenían el único propósito de procurar placer. Si en otro tiempo aquella unión servía para procrear las nuevas generaciones lo habían olvidado.

La pareja hombre mujer no existía como tal. Eran dos desconocidos amables y programados que se encontraban para hacer uso de sus cuerpos como si jugaran un juego más en aquella enorme charada en que la «civilización» había convertido el mundo.

«¿Por qué soy diferente? —pensó Parrish con una sonrisa amarga—. Por haberme interesado en la historia, por haber podido conversar con la computadora madre, por...»

¿Qué importaba cuál era la razón?

Galia se desnudó y comenzó a quitarle el traje negro y brillante.

—Eres hermoso —dijo la mujer—. ¿Por qué estás aquí, prisionero?

—¿Sabes lo que es el amor? —preguntó Parrish.

—¿No se llamaba así algo que les ocurría a los antiguos? Espera, era..., era un sentimiento, creo. Sí, eso era, un sentimiento. La ley prohíbe hablar de los sentimientos fuera de la etapa de ilustración. ¿Es por eso que te has aislado, por hablar de los sentimientos?

Parrish sonrió a la muchacha.

La tomó en sus brazos y se hundió en el cuerpo dulce y cálido de la mujer.

Ella comenzó a gemir de placer y él le habló al oído, le dijo cosas simples, que le gustaba su piel, que era tan cálida como la aurora y tan suave como el espacio azul.

Cuando llegaron al estallido final, Parrish creyó intuir en Galia una vibración diferente, un espasmo que se prolongó más allá de su satisfacción, una leve presión distinta en el abrazo artificial de la

«unidad del placer».

03

Galia se vistió mecánicamente.

Parrish la observaba en silencio mientras su cerebro funcionaba con premura.

Advirtió en la mujer una lentitud inconsciente, como si en alguna parte de su programada educación se hubiese abierto una fisura que le permitiera entrever un aspecto escondido de su personalidad atávica.

Un relámpago, una luz diminuta y fugaz que le proporcionaba un conocimiento profundo, no del todo barrido por el ajustado programa que el *Organum* imponía a sus distintos miembros comunitarios.

Antes de salir de la célula de aislamiento, Galia se volvió hacia él.

Lo silueta perfecta de la «unidad de placer», entrenada para cumplir su cometido sexual, se adivinaba sinuosa y erguida bajo el brillante mono de color rosa.

—¿Sabes? —dijo ella por fin, como si no encontrara el verdadero mensaje que procuraba transmitirle—. Lo que me has dicho, eso del amor y el sentimiento, es…, es bello…

Y desapareció la rigidez de su cuerpo, se relajó rápidamente, y apretó el botón con la señal convenida para salir del recinto del recluso.

El panel corredizo se abrió y Galia se perdió en el aséptico corredor blanco,

«Tal vez no todo esté perdido en la Tierra», se dijo Parrish para sí.

En su vida habían existido infinidad de «unidades de placer» y ninguna de ellas había siquiera vislumbrado el significado de la

palabra amor, o sentimiento. Ni siquiera habían podido pensar en términos de sentimientos como hiciera Galia. Ella había dicho claramente, espontáneamente, sin reflexionarlo, que lo que él había musitado a su oído mientras se procuraban placer con el cuerpo era: «bello…».

La belleza no era más que un concepto olvidado y si alguien lo mencionaba era sólo para referirse a objetos vinculados a la técnica.

Sí, tal vez todavía hubiese una oportunidad, una sola, y no todo estaría definitivamente perdido.

La luz del parlante de la célula se encendió y un segundo después el tono metálico de la voz de Alan Plumb resonaba fríamente:

—Comandante Bok, el Consejo aguarda su presencia,

Parrish se vistió y atravesó el panel abierto para encaminarse nuevamente hacia la sala del tribunal espacial,

«Comandante Bok —pensó—. Han aceptado mis condiciones»

Una sonrisa apareció en su rostro curtido y duro.

* * *

—Podrá comprobar la computadora manual del prototipo —anunció Plumb—. Sin embargo, sólo la utilizará si logra encontrar el *Hueco del Tiempo* y aventurarse en él. En ese instante la computadora fija de la nave accionará el *relacionador* y la computadora manual quedará activada. Es nuestra última decisión.

Bien, no necesitaba la MIJ manual antes de la aventura; no tenía inconveniente en aceptar aquella decisión, porque él podría, alimentar aquel pequeño juguete mágico con el conocimiento global de la computadora madre y llevaría en su módulo la memoria misma de la Tierra.

—Acepto —dijo lacónicamente.

—De acuerdo entonces, puede regresar a su célula, permanecerá aislado hasta el momento de la partida.

Los doce miembros del Consejo se pusieron en pie y llevaron su mano derecha al corazón, sobre el emblema del *Organum* grabado en sus trajes amarillos.

—¡Orden y tecnología! —gritaron a coro.

Bok se llevó la mano al corazón e hizo una leve inclinación de cabeza.

Regresó sólo a su célula de aislamiento convencido de que una

nueva etapa se abría para él, y por primera vez en muchos años se sintió feliz. Verdaderamente feliz.

Porque Parrish Bok, a diferencia de sus semejantes, conocía perfectamente el significado de la felicidad.

* * *

Durante la semana siguiente compareció diariamente al Centro de Instrucciones.

No debía aprender demasiadas cosas, solamente el potencial óptimo del *gersodio*, el excepcional combustible finalmente aislado, y sus posibilidades de control.

Escuchó atentamente las instrucciones de vuelo y el propósito de su misión: *Proporcionar al Organum el dominio del tiempo*.

El mismo eligió su equipo. Herramientas de trabajo, repuestos duplicados del módulo completo y armas. Dos fusiles de disparos lumínicos ciegos y seis pistolas de igual poder destructivo. Llevaría también cuatro baterías solares para recargar las armas y a último momento, casi sin saber por qué lo hacía, decidió llevar un gran puñal, arma antigua y en desuso que solamente ofrecía sus escasas cualidades defensivas a los visitantes del Museo Antiguo.

—El vuelo se iniciará mañana al anochecer —le informó Plumb.

Regresó a su célula de aislamiento excitado y ansioso.

Por el emisor de la célula pidió una «unidad de placer»»

—Quiero a Galia —exigió.

Un minuto más tarde la muchacha entró a la estancia.

Se miraron largamente. Ella con sorpresa —era absolutamente inusual que alguien pidiera una «unidad de placer» específica— y Parrish con una cierta inquietud.

—Eres extraño —le dijo la muchacha,

—Lo sé, pero quería despedirme de ti.

—¿Te vas?

—Sí.

Galia se quitó su brillante mono rosa y su cuerpo perfecto fue una llamarada intensa en el pecho del hombre.

Se acostaron en el colchón neumático y Bok derivó por la piel de la mujer como un navegante por un mar cálido y preciso.

Galia no comprendía aquel procedimiento sexual, pero su carne joven y programada sintió más que nunca el significado de la palabra *placer*.

Cuando hubieron terminado la sesión, Parrish la miró a los ojos,

—¿Has pensado en los sentimientos? —preguntó.

—Sí, no he podido evitarlo.

—¿Quieres venir conmigo en mi viaje?

—No es mi función —replicó ella sin dudarlo,

—Olvídate de tu función, podrás cumplirla conmigo durante el viaje. No olvides que las «unidades de placer» acompañan normalmente a las tripulaciones del espacio,

—Mi puesto está en la Tierra —dijo ella, repitiendo las consignas estipuladas en su programación.

—Galia, trata de responder por ti misma; puedes pensar, ¿no?

Ella tenía una expresión absorta y confundida.

—Sí o no —repitió él.

Galia no podía replicar, su capacidad de decisión había sido extirpada de su personalidad y recobrarla hubiese exigido el mismo tratamiento a que fuera sometida, sólo que en un proceso inverso.

Parrish pidió que lo comunicaran con Plumb.

—Soy el comandante Bok —dijo por el micrófono—. Quiero llevar conmigo una «unidad de placer»,

—Está en su derecho —repuso Plumb—. Consta en la ley.

—Quiero a Galia —agregó entonces Parrish.

—Le será asignada una unidad por la vía prevista, comandante,

—Quiero a Galia —repitió con firmeza.

Un segundo de silencio llenó la línea de comunicación.

—Daré el consentimiento del Consejo —repuso finalmente Plumb.

Galia lo observaba interesada, por primera vez en su vida era algo más que un objeto computarizado con una actividad concreta e indiscutida. Aquella fisura que le había hecho entrever el valle fértil de los sentimientos volvió a resplandecer en su ánimo.

—Vienes conmigo —anunció Parrish con una sonrisa de triunfo.

—Voy contigo —dijo ella.

Parrish hizo que la mujer se sentara ante él. Podía apreciar sus senos henchidos y hermosos y la tersura de su piel joven.

Le tomó las manos y las besó con suavidad

—Galia, tal vez no lo entiendas todavía, pero somos los únicos terráqueos que podemos aspirar a una verdadera relación sentimental.

La muchacha tenía los ojos brillantes y húmedos.

—Verás cómo comprenderás rápidamente las cosas que te digo, verás cómo vuelven a florecer en ti las enseñanzas de los antiguos. Confía en mí.

Ella no conocía el verdadero significado de la palabra «confiar».

Su vida era un circuito establecido desde su nacimiento y cualquier alteración estaba controlada de antemano.

Bok sonrió ante la expresión de estupor que reflejaba el rostro hermoso de la «unidad de placer».

—Lo primero que debes aprender es a llamarme por mi nombre, Parrish. No quiero que repitas jamás que eres una «unidad de placer».

Y regresaron al lecho.

04

A las siete de la tarde todo estuvo listo, La nave espacial, el prototipo de Bok, abastecido con la valiosísima potencia del *gersodio*, era pequeña. Acoplada a un mástil de lanzamiento, dispositivo que funcionaba como un propulsor direccional, parecía un minúsculo óvalo plateado que refulgía con los rayos mortecinos de un sol rojizo y lastimoso.

Parrish y Galia treparon a la plataforma de acceso y se introdujeron por la pequeña escotilla de seguridad. Iban enfundados en los trajes plateados de los colonizadores espaciales. La cabina de control se hallaba más allá de la segunda escotilla. Entre las dos existía una diminuta cámara de descompresión sometida a la acción computarizada de rayos belfos, cuyo bombardeo aislaba a los navegantes de eventuales contaminaciones cuando regresaban a la cápsula luego de algún paseo por el espacio o por planetas o asteroides cuyas características pudieran resultar perniciosas.

Parrish se acomodó en su butaca anatómica y ajustó a su pecho la funda de seguridad.

Galia le imitó.

—Contacto —dijo la voz del jefe de Lanzamiento.

—Contacto —repitió Bok.

—Computadora activada.

—Enterado.

—Lanzamiento en cuenta regresiva.

Bok miró a su compañera. Galia tenía el rostro excitado y en tensión.

—Diez, nueve, ocho...

—¿Dispuesta? —preguntó Parrish.

Galia no respondió.

—...Cinco, cuatro, tres...

La muchacha estiró la mano enguantada y Parrish la cogió entre las suyas. No se miraban y, sin embargo, en aquella simple aproximación, Parrish descubrió que había ganado su primera batalla.

—... Uno... ¡Lanzamiento!

El estallido en la base del mástil de lanzamiento fue atronador, pero en la cabina insonorizada no escucharon nada. La inercia feroz de la partida les hundió en los sillones anatómicos y las imágenes fijas que se percibían a través de las ventanas de observación se convirtieron en borrones confusos y grisáceos.

Habían despegado.

Quince segundos después abandonaban la atmósfera y entraban en el espacio quieto, mudo y negro.

Parrish se volvió hacia Galia. Ella le miraba con sus dilatadas pupilas brillantes,

—¿Adonde vamos? preguntó.

—En busca del misterio del tiempo —replicó él con una sonrisa.

La expresión de la muchacha parecía una máscara de sorpresa creciente.

Bok volvió a cogerle la mano dispuesto a explicarle.

—Te contaré una historia, Galia. Hace muchos años un equipo de científicos descubrió que en el espacio, en algún, sitio impreciso, existía una zona móvil en la que no se verificaban las constantes físicas normales. Era un área difícil de estudiar porque se revelaba de modo accidental en los instrumentos de comprobación y no era visible con los microscopios de los observatorios. Ninguna nave podía llegar hasta la zona de referencia porque se desplazaba vertiginosamente y su sentido de derivación no respondía a ninguna pauta programable. ¿Entiendes?

Ella asintió.

Era una «unidad de placer», pero en un sistema que reverenciaba la tecnología todos recibían una instrucción básica y bastante completa de los progresos científicos.

Galia no era una excepción y aunque había sido asignada al Servicio Sexual, su formación era suficientemente sólida.

—Bien, entonces continuaré con la historia. Se llegó a la conclusión de que el único modo de acceder a dicha zona era

mediante una nave muy particular. Yo diseñé el prototipo en contra de los preceptos del *Organum*, y ella, junto con otros aspectos de mi conducta, determinó mi enjuiciamiento. Pero ésa es otra historia. La nave debía ser pequeña y poder cuadriplicar la velocidad de la luz, lo cual conseguí con este prototipo. El problema consistía en el combustible. Dado el tamaño reducido de la nave no existía el combustible apropiado que cupiera en los depósitos. Con la energía normal que consumen las grandes aeronaves sólo se podría utilizar un cohete de proporciones monstruosas activado con *Atomium* y aun así poder contar con una autonomía de vuelo máxima, es decir, cincuenta años, según los cálculos estimativos. Pero era imposible. Una espacionave tan gigantesca no podría maniobrar con flexibilidad si es que hallaba la zona que se buscaba, y aun cuando pudiese hallarla no podría sostener el nivel de velocidad exigido durante un tiempo prudencial. Por lo tanto, el proyecto se detuvo hasta que se logró dar con la fórmula exacta de un nuevo combustible: el *gersodio*.

Galia le miraba con interés y Bok podía apreciar las emociones instintivas que pugnaban bajo la funda estrecha de su traje plateado. Los pechos voluminosos y henchidos se pronunciaban con cada inspiración, y las aletas de su nariz se dilataban cíclicamente acompañando su acelerado ritmo respiratorio.

—Ahora bien, tenemos la nave y tenemos el combustible, que por otra parte es la única y última reserva existente en la Tierra y en las galaxias conocidas. Sólo faltaba el hombre. Así es cómo me fue adjudicada la aventura.

Galia apretó con sus dedos la mano del hombre.

—¿Por qué me has traído? —pregunté entonces,

—Porque te necesito.

—¿A mí? —la incredulidad volvió a dibujarse en su rostro juvenil.

—Sí —sonrió Bok—. Ya lo comprenderás más adelante. Es más, creo que ya has empezado a comprenderlo.

—¿Por qué se llama el *Hueco del Tiempo*?

—Porque la computadora registró los datos originales en los instrumentos de inspección y, según los resultados de un ataque a dicha zona con rayos de potencia controlada. Los rayos llegaban a destino y allí debían provocar una explosión, sin embargo, ésta no

se producía y los instrumentos registraban una misteriosa desaparición de la energía. La computadora madre dictaminó una alteración en el concepto del tiempo y expuso sus razones. No podía dar una explicación fidedigna porque no tenía antecedentes. Así de simple.

Un zumbido repentino distrajo a Parrish de su exposición. La pequeña MIJ manual se hacía cargo del vuelo.

Bok miró los instrumentos y marcó en la pantalla de vuelo la ruta de la nave.

—Nos estamos adentrando en la órbita aproximada del *Hueco del Tiempo* —anunció—. ¿Sabes lo que tienes que hacer?

—Sí —respondió ella.

Parrish aferró la llave de activación. En el momento en que la pantalla dibujara las coordenadas precisas y el prototipo se hallara en el área misteriosa, Parrish propulsaría la nave a la velocidad requerida y Galia se cuidaría de los monitores de alarma.

Sí ocurriese algún imprevisto anunciado por la MIJ, entonces él volvería la llave de activación a punto cero y procurarían repetir la operación en mejores circunstancias.

Una atmósfera de enorme tensión creció en la cabina, Bok tenía la frente perlada de sudor y Galia hundía la mirada en la secuencia de monitores que tenía ante ella.

La línea de puntos que se extendía en la pantalla crecía a medida que el prototipo avanzaba en el espacio,

De pronto, Bok gritó:

—¡Ahí está!

Una mancha pálida y amorfa surgió de pronto en la pantalla casi frente al curso seguido por la nave.

Parrish marcó el nuevo rumbo en la computadora y la nave derivó hacia el *Hueco del Tiempo*.

—¡¿Preparada?! —volvió a gritar.

En el preciso momento en que el curso del prototipo tocó la periferia de la mancha en la enorme pantalla de mando, Parrish pulsó la llave de activación.

Todo estalló.

Una maraña de imágenes se interpuso entre los navegantes y los instrumentos.

Una muralla paralizante y heterogénea de brillantes colores y

sonidos agudísimos invadió la cabina y el prototipo se convirtió en un giróscopo enloquecido,

Parrish y Galia perdieron el conocimiento.

* * *

—Ha desaparecido —dijo el jefe de Lanzamiento con los ojos fijos en la pantalla del radar.

—Computadora —ordenó Plumb.

—Nulo —respondió el ingeniero que operaba en la Computadora Madre.

—Están fuera —comentó Plumb, y se retiró de la sala de control.

Llegó a la Sala del Consejo.

El *Organum* en pleno aguardaba su informe.

Ocupó su asiento en el semicírculo y pulsó el botón que hacía deslizar la plancha que cubría el techo.

El cielo nocturno, apacible y estrellado apareció sobre ellos.

Todos los miembros del Consejo miraron hacía arriba,

—Allí está —dijo suavemente, Alan Plumb—. En algún sitio del espacio.

Todos volvieron la vista hacia él.

—Ha desaparecido. La Computadora Madre lo ha perdido.

—¿Cómo fue? —preguntó uno de los consejeros.

—Desapareció, simplemente desapareció en el *Hueco del Tiempo*.

El silencio se adueñó de la estancia. Parecían un conjunto de relucientes estatuas amarillas, súbitamente paralizadas por un fenómeno imprevisto, bajo el cielo abierto y profundo.

—Confío en que Parrish Bok no nos abandone.

La frase de Plumb resumía el sentimiento de la mayoría.

05

Galia se despertó lentamente.

Miró a su lado con un gesto de súbita comprensión y vio que Parrish aún continuaba inconsciente.

Nada parecía haber cambiado en la cápsula, ni siquiera el curso que la pantalla había dibujado continuamente.

Se soltó de la butaca y se arrodilló ante el hombre. Le cogió de ambas manos con un estremecimiento,

—Parrish… —dijo suavemente, y luego con mayor firmeza casi gritó—: ¡Comandante!

«¿Y si ha muerto?», pensó, espantada. Sentía una confusión terrible. Estaba en presencia de algo que no había padecido jamás: el miedo.

Su vida como «unidad de placer» la aislaba de todo riesgo, de toda sorpresa. Ahora, es decir, desde el momento en que conociera a Parrish, Bok, su cerebro había comenzado a funcionar en base a otras estimulaciones, activado por una filosofía que lentamente se abría paso a través de la perfecta red programada que le había sido impuesta por el *Organum*.

—Parrish, despierta, por favor… —gimió. «Por favor —pensó—, qué significaba por *favor*»

Notó que el hombre se movía.

—¡Parrish! —gritó.

Bok abrió los ojos y la miró,

Galia se abrazó a él y le besó con ardor en los labios, fundiendo su aliento con el aliento del hombre.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí, perfectamente, ¿qué ha ocurrido?

Parrish la apartó suavemente para poder observar los monitores.

—Todo parece normal —comentó—. Nuestro rumbo en la pantalla no se ha modificado. Sólo que… se ha detenido.

—¿Dónde estamos? —preguntó Galia.

—No lo sé. Regresa a tu butaca.

Ella obedeció rápidamente.

—Es como si estuviésemos suspendidos en el espacio, inmóviles.

Bok operó la MIJ y leyó la respuesta.

La computadora manual, ratificaba la lectura de los instrumentos.

—No lo entiendo —dijo Parrish.

—¿Por qué no comunicarnos con *Organum*? —preguntó Galia, sorprendida por su iniciativa,

Parrish no tenía tiempo de sorprenderse por los cambios operados en la muchacha,

—*Fénix* llamando a *Organum* —dijo en el emisor.

Silencio.

—*Fénix* llamando a *Organum. Organum*, responda. *Fénix* llamando a *Organum. Organum*, responda.

Silencio.

—Estamos incomunicados —declaró finalmente.

La MIJ no revelaba ningún desperfecto en el sistema de comunicación.

Eran náufragos quietos en el espacio silencioso.

—La Tierra sigue en las mismas coordenadas —dijo Galia mientras manipulaba los monitores.

—¿La Tierra? —se sobresaltó Parrish—. ¿Qué dices?

—Allí está —señaló la joven.

En la pantalla, en el origen del recorrido trazado por el *Fénix* había aparecido el contorno oscuro de la Tierra.

—Veremos qué nos dice MIJ.

Parrish recibió la respuesta en pocos segundos. No era la Tierra.

—¿Cómo puede ser? —preguntó Galia.

—No lo sé, pero recuerda que hemos atravesado el *Hueco del Tiempo*.

—¿Qué hora es?

—Las doce y treinta y tres —replicó Bok.

Se miraron confundidos y Parrish fue el primero en reaccionar. Volvió a preguntar a la MIJ. La computadora comenzó a replicar en

la pantalla electrónica. Entre las doce y ocho y las doce y diez de la noche la memoria de MIJ no registró absolutamente nada.

—¿Lo ves? Está muda en un espacio de dos minutos. Estoy seguro que es el lapso en que el *Fénix* atravesó el *Hueco del Tiempo*.

Galia escuchaba las explicaciones de Bok sin interrumpirle. No tenía nada que decir, salvo que aquella situación escapaba totalmente a su lógica precisa y programada.

—Nos acercaremos al planeta —dijo Bok.

Dio las instrucciones a MIJ y la nave comenzó a desplazarse en sentido contrario al que se había desplazado antes del contacto con el *Hueco*.

—Es inexplicable, tendría que ser la Tierra y, sin embargo...

MIJ comenzó a emitir información sobre el planeta al que se aproximaban velozmente.

Parrish resumió:

—Dos tercios aproximados del tamaño de la Tierra, condiciones de temperatura, presión, humedad y calidad del oxígeno aceptables para el organismo humano.

Cuando entraron en la atmósfera del extraño planeta comenzaba a amanecer.

Ahora era visible a simple vista y la enorme pantalla de control se convirtió en una poderosa lente de aproximación.

—¡Qué es eso! —exclamó Galia,

Bok miraba fijamente la pantalla y procuraba desplazar el microscopio por la superficie de aquel extraño cuerpo al que se aproximaban rápidamente.

—Tiene la forma de la Tierra, sólo que es un tercio más pequeño. Parece totalmente cubierto de agua. Es un inmenso océano en el que apenas si hay algunos islotes. Un planeta acuático, Nunca he visto nada igual.

Era cierto.

Parrish Bok, comandante de vuelos espaciales, ingeniero y aventurero por cuenta propia, *jamás había visto nada igual*.

—Es espléndido —dijo cogiendo la mano de la muchacha.

—Sí.

El *Fénix* se detuvo a dos mil metros de altura sobre la superficie del océano y comenzó a desplazarse paralelamente a él, a velocidad reducida.

El tono levemente rojizo del agua contrastaba maravillosamente con el cielo límpido y de un azul profundo.

Había un ejército de nubes blancas que avanzaban a paso de ataque por la izquierda de la nave.

Las islas, ahora que podían observarlas desde más cerca, eran montañosas y cubiertas de vegetación. Sus tamaños oscilaban y más bien parecían las cumbres de una cordillera hundida mágicamente en el mar.

Desde el aire, el *Fénix* circunvaló el extraño planeta durante cuatro días completos.

Descubrieron catorce islas inmensas, tal vez del tamaño de Australia e infinidad de pequeños archipiélagos. Todos ellos cubiertos de una vegetación tupida y de un intenso color verde.

El sol era casi tan pálido como el que habían dejado atrás, en el último crepúsculo terráqueo, antes de partir,

Sólo que aquel planeta menor parecía estar en condiciones de aprovechar más y mejor sus rayos escuálidos en lo que Parrish determinó que sería el Ecuador, Hacia, los extremos, una capa de hielo mucho mayor que la que cubría los polos terráqueos parecía coronar los extremos del planeta.

—¿Cómo lo llamaremos? —preguntó Bock—. No podemos referimos a él como «el planeta». Bauticémoslo e inscribamos su novel biografía en la memoria de MIJ.

Galia permanecía en silencio, hipnotizada por las imágenes que aparecían sucesivamente en la pantalla.

—¿Estará habitado?

—Seguro —repuso Bok—. Cuenta con las condiciones óptimas.

—Me refiero a...

—...¿Seres humanos? —preguntó él completando la dubitativa frase de la muchacha.

—Sí.

—Es muy probable, aunque no podemos saberlo desde aquí. Es necesario bajar a explorar. —Pensó un instante y agregó—: Lo llamaremos *Minor*, el hermano *menor* de la Tierra.

—Me gusta —convino Galia.

En la pantalla se produjo una súbita aparición,

—¡Mira! —gritó Galia—. ¡Allí!

Su mano se asentó sobre un trozo de selva perfectamente visible

en la pantalla, pero sea lo que fuere que hubiera visto ya no estaba en el sitio que ella señalaba.

—¿Qué era?

—No lo sé, parecía un mono, o tal vez un hombre. No alcancé a verlo bien, pero juraría que estaba de pie y miraba hacia nosotros.

Parrish aproximó la poderosa lente al área marcada por Galia, pero fue imposible descubrir nada, la jungla era impenetrable.

—¡Tengo una idea! —exclamó de pronto. Activó la MIJ y dirigió los sensores direccionales de la computadora hacia la selva.

En la minúscula pantalla de la MIJ comenzaron a aparecer una serie de datos.

—¿Qué significa todo eso? —preguntó la muchacha.

—Son la codificación de las constantes vitales No te has equivocado, revela la presencia de vida animal y por las características térmicas supongo que debe ser algún tipo animal de grandes proporciones y de una temperatura superior a la normal en la tierra,

—¿Qué piensas hacer?

El entusiasmo de Galla le conmovió. La besó suavemente en los labios.

—Me alegro de haberte conocido y de que estés aquí conmigo, Galia.

El rostro hermoso de la muchacha estaba perdiendo la rigidez estereotipada que caracterizaba a las «unidades de placer».

—Yo también me alegro —replicó en un murmullo.

—Bien. Atiende los monitores, compañera, iniciamos el descenso.

El *Fénix* comenzó a aproximarse a la superficie verde y tupida.

—No veo ningún claro para el asentamiento —informó Galia,

—No importa, crearemos un espacio con la energía de los motores.

Debajo de la nave se creó un cilindro invisible y calorífico. Un círculo de diez metros de diámetro incineró rápidamente la jungla y esparció las cenizas de los árboles y arbustos.

El *Fénix* se asentó suavemente sobre la tierra quemada.

—Espero que nuestro amigo se haya retirado. No me gustaría comenzar nuestra exploración con un sacrificio —dijo Parrish.

A pocos metros de la nave, en la seguridad umbría de la

vegetación, cuatro pares de ojos observaban aquel insólito aparato que descendía del cielo.

06

El *Fénix* se posó suavemente sobre la tierra y la MIJ detuvo automáticamente los motores.

—Ahí afuera hace mucho calor —dijo Parrish observando los datos que le proporcionaba la computadora—; 40 °C de media y la humedad es del 70%, de modo que nos quitaremos los trajes de vuelo.

Vestidos con un delgado mono de trabajo abrieron las dos escotillas de seguridad y se asomaron al exterior. Antes de salir activaron los rayos Belfos en la cámara de descompresión a fin de evitar los riesgos de contaminación a su regreso.

Parrish y Galia se ajustaron los cinturones de los que pendían las cartucheras con las pistolas de rayos lumínicos ciegos.

Parrish también cogió un fusil y la pequeña batería de carga solar por si era necesario recargar las armas.

En la muñeca derecha portaba un pequeño visor conectado a la MIJ; de ese modo podría contar con la computadora para resolver los imprevistos.

Descendieron a tierra por la escalerilla de la nave y pisaron suelo de *Minor* con el pecho emocionado.

Eran colonizadores extravagantes, en un mundo nuevo y tropical, pertrechados con la sofisticada tecnología que traían desde el otro lado del Hueco del Tiempo.

Entre los arbustos, a pocos metros de ellos, una sombra gigantesca avanzó hacia la nave.

—¿Qué es eso? —preguntó Galia, alarmada.

—Parecen pasos —replicó Parrish alzando su fusil.

La súbita aparición del animal les paralizó. Era una especie de hombre, o, por lo menos, ésa fue la primera impresión que tuvieron.

Debía medir algo más de tres metros de estatura y el rostro era el de un reptil. El cuerpo estaba cubierto de una caparazón oscura y escamosa y los largos miembros —provistos de garras— se balanceaban con su andar elástico y apresurado,

Grandes ojos acuosos y demenciales, los labios de una nariz chata y velluda. La boca era un semicírculo espantoso de dientes afilados que se continuaba debajo de la pronunciada mandíbula confiriéndole una expresión horrorosa.

—¡Alto! —gritó Parrish levantando el fusil.

La cabeza del animal no pareció recibir la orden y su larga melena fibrosa se agitó cuando aceleró el paso iniciando una carrera suicida hacia ellos,

Parrish levantó el fusil y apuntó al cuerpo del animal,

Galia se encogió a su espalda, incapaz de reaccionar, anonadada por la escena.

El disparo lumínico fue un relámpago preciso y mortal.

Alcanzó el pecho escamoso y acorazado del extraño agresor y lo reventó.

El animal lanzó un rugido feroz y gutural y se desplomó sin vida. En el centro del cuerpo presentaba un hueco calcinado que prácticamente permitía ver del otro lado y por el cual escapaban sus órganos mezclados con un líquido rojizo, parecido a la sangre humana.

Se acercaron a él con infinitas precauciones.

—Es…, es una especie de hombre… —farfulló Galia.

—Es horrible —agregó Parrish,

Un hedor horrible escapaba por la herida y hería las fosas nasales de los recién llegados.

—¿Qué es?

—No lo sé —replicó Parrish.

Los cuatro pares de ojos que habían presenciado el descenso del *Fénix* se miraron entre sí, y comenzaron a avanzar hacia la nave.

—Escucha —dijo Galia.

—Debe haber otros monstruos en la espesura. Será mejor que regresemos a la nave.

Una voz firme y grave salió de la espesura:

—Somos amigos —dijo en el idioma terráqueo, la lengua oficial de *Organum*.

Parrish y Galia enmudecieron de sorpresa. Aquellas palabras resultaron más asombrosas que la aparición de aquel espantoso agresor.

—Vamos a salir —repitió la voz.

—Adelante —invitó Parrish sosteniendo el fusil en posición de ataque—. Queremos veros.

Cuatro hombres salieron de la espesura.

Iban vestidos con ropas livianas y de confección rudimentaria. Tres de ellos eran blancos, aunque la piel era muy morena por efecto del sol. El cuarto era de raza negra.

Llevaban barbas largas e iban armados con lanzas y puñales.

Parrish les observó con atención mientras se acercaban, Parecían jóvenes y tenían cuerpos esbeltos y atléticos.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

El qué había hablado respondió con el mismo tono firme y grave:

—Somos del pueblo humano, ¿y vosotros?

—¿Del pueblo humano?

Los cuatro nativos se miraron entre sí y detuvieron su avance a diez metros de la nave.

—¿De dónde venís? —preguntó el hombre de la voz grave,

—Tú eres el jefe, ¿verdad?

—Sí, ¿y tú quién eres?

—Soy el comandante Bok y venimos de la Tierra.

—¿Qué dices? —preguntó estupefacto el nativo.

—Hemos venido de la Tierra, y...

Bok se interrumpió, no podía explicarles a aquellos hombres toda la epopeya del *Fénix*.

Una multitud de pensamientos fusilaba su cerebro y le impedía razonar con frialdad.

Optó por una pregunta que le permitiera iniciar un diálogo más concreto:

—¿Qué clase de animal es éste y por qué nos atacó?

—Es un mutante.

—¿Un mutante? —exclamó Parrish mirando el cuerpo mutilado de aquel extraño saurio.

—Antes era un hombre —agregó el hombre.

—¿Qué quieres decir?

Galia era un testigo mudo y alucinado de aquella conversación increíble.

Su cerebro procuraba desesperadamente escapar de su largo adoctrinamiento computarizado y conseguir abrirse paso por entre las brumas de su educación.

—Era un hombre como nosotros antes de la explosión —informó sencillamente el hombre.

—¿Qué explosión?

—La que sufrió la Tierra —replicó escuetamente.

07

Anduvieron dos horas por la selva, guiados por los cuatro nativos.

Avanzaban cautelosamente, alertas y dispuestos a repeler cualquier agresión de los imitantes.

Park, el hombre de la voz grave, les guiaba hacia la ciudad del pueblo humano. Les había asegurado que el Consejo de la ciudad les informaría todo lo que quisieran saber. A partir de aquel momento no habían vuelto a hablar y marchaban apresuradamente por el sendero que se abría paso a paso a golpes de machete.

El gran cuchillo que Parrish había traído del Museo Antiguo parecía haber cobrado una inesperada actualidad en esta expedición incomprensible.

Galia marchaba tras él atenta a los infinitos ruidos de la jungla, bebiendo vorazmente todo el paisaje agreste y maravilloso que la rodeaba.

Park se detuvo y miró a sus compañeros.

—Ahora debemos atravesar la llanura de lava —indicó—. Allí están los mutantes. Preparad las armas.

—Déjame ir primero —se ofreció Parrish—. Tengo mejores armas que tú y tus amigos;

—De acuerdo, ven conmigo —asintió Park y comenzaron a adentrarse en un paisaje increíble.

Era una vasta sabana de lava petrificada de distintos colores. Se había solidificado creando montículos y estatuas estrafalarias y chorreantes. Bajo el sol pálido aquellas esculturas agarrotadas y contrahechas parecían una procesión infinita de monstruos sufrientes y coloridos. Bordearon un gran lago y se adentraron en un paraje todavía más accidentado.

—La ciudad está del otro lado —informó Park señalando una cordillera abrupta y de unos doscientos metros de altura que se alzaba ante ellos.

—¡Park! —gritó el hombre que cerraba la marcha.

Todos se dieron la vuelta.

—Allí están —dijo Park.

Una veintena de mutantes lanzados a la carrera llegaban desde el lago que acababan de flanquear.

Parrish entregó su pistola a Park y arrodillándose se llevó el fusil a la cara.

Galla se acercó a Park y le explicó rápidamente cómo se utilizaba la pistola,

Los mutantes estaban ya a menos de cincuenta metros y proseguían su loca carrera.

Bok apuntó y disparó su fusil. Una, dos, tres veces.

Los tres primeros monstruos cayeron fulminados y seis más tropezaron con ellos y terminaron rodando por el suelo.

El resto prosiguió la marcha desenfrenada,

Galia abatió a tres más y Park se las arregló para acertar a otros dos.

Cuando ya los tenían encima, cayeron cuatro mutantes con el cuerpo destrozado.

El negro que iba con ellos, Alden, hundió su lanza en las fauces abiertas del monstruo más próximo.

Los dos que quedaban fueron abatidos por Rum y Kent, a golpes de machete.

Todo el ataque no había durado más que un minuto, pero la carnicería había sido espantosa.

Los seis mutantes que tropezaran con sus compañeros muertos se habían levantado y proseguían su carrera.

Los abatieron con los disparos lumínicos antes de que pudieran acercarse a ellos,

Park se acercó sonriente a Parrish y le entregó la pistola.

—Quédatela; ya sabes cómo se emplea —dijo Bok.

—Gracias —replicó el jefe.

Continuaron la marcha hasta la cordillera y la atravesaron rápidamente por un pasadizo oscuro y húmedo.

Al llegar al otro lado, dos guardias encargados de vigilar la

entrada al valle les permitieron el paso y la comitiva se encaminó a la *ciudad de los humanos.*

Frente a ellos el valle parecía un oasis verde y maravilloso defendido por la escarpada cordillera de lava.

Un río cristalino y plácido atravesaba el valle y en sus orillas se erigían grandes chozas de madera y techos de fibra vegetal.

Parrish pensó en aquellas reproducciones de los antiguos que había estudiado durante su etapa de Ilustración. En aquellos días no había podido comprender cómo los antiguos podían haber vivido en una sociedad tan precaria y carente de tecnología,

Hoy, frente a aquel espejismo verde y bucólico, defendido por la barrera natural de lava petrificada, le parecía estar reconstruyendo un episodio imaginario de su adolescencia.

Todo el pueblo se congregó para recibir a los extranjeros. Las mujeres y los hombres eran bellos y atléticos. Vivían de la naturaleza y cuidaban de ella con esmero.

—Iremos al edificio del Consejo —dijo Park.

Los niños, cogidos de las manos de sus madres, observaban con los ojos dilatados de sorpresa el paso de aquellos extranjeros de extrañas vestimentas y armas.

Nadie decía una sola palabra.

Galia se adelantó y cogió el brazo de Parrish.

—¿Hemos viajado al pasado? —preguntó con ansiedad.

—No lo sé, aunque no lo creo. Si verdaderamente esto es la Tierra entonces la explosión que ha mencionado Park la ha reducido de tamaño y ha hundido parte de los continentes. Me resulta increíble suponer que alguien haya podido salvarse de semejante catástrofe.

—¿Parrish? —dijo Galia, oprimiéndole el brazo.

El la miró con ternura.

—Quiero que nos demos placer; siento que mi cuerpo lo necesita.

—Olvídate que una vez has sido una «unidad de placer. Eres una mujer, ¿comprendes? Yo también quiero estar a solas contigo, pero antes debemos comprender todo esto..., saber qué ha ocurrido, dónde estamos verdaderamente,

—Tengo un sentimiento por ti —dijo ella, mirándole profundamente a los ojos.

—¿Un sentimiento?

—Sí, aquí —replicó la muchacha llevándose la mano al pecho.

—¿Qué sentimiento? —preguntó Bok.

—No lo sé, pero te necesito —fue la escueta respuesta de ella,

Parrish la abrazó y anduvieron estrechamente enlazados hasta llegar a la puerta del edificio del Consejo.

Un hombre muy anciano, de larga barba blanca y ojos azules e inquietos les estaba aguardando.

Detrás de él habían ocho hombres más, de distintas edades, aunque ninguna debía ser menor de cincuenta años.

—Bien venidos a la ciudad —dijo cálidamente—. Mi nombre es Magno y os estaba aguardando.

El estupor volvió a golpear a Parrish.

—¿Tu nos estabas aguardando?

—Sí, desde hace más de cincuenta años, cuando rehicimos nuestro pueblo luego de la explosión.

—Cuéntanos, por favor —dijo Galla.

—Todo a su debido tiempo, ahora debéis comer algo y descansar. Cuando caiga la noche nos reuniremos todos frente al edificio del Consejo y os relataré la historia que deseáis conocer.

Park les guió hasta una amplia choza junto al río.

Era una habitación amplia y limpia.

Sobre el suelo de troncos había dos jergones de paja y una bandeja con frutos extraños, pescado asado y agua.

—Nos veremos al anochecer —dijo Park antes de salir de la cabaña.

Galia se volvió hacia él con sus hermosos ojos brillantes de deseo.

—Te necesito… —dijo en un murmullo.

Parrish la miró mientras se desvestía.

El mono cayó hecho un ovillo al suelo y el cuerpo perfecto de Galia inundó su espíritu con un nuevo mensaje.

En la piel dorada y tersa de la joven latía un nuevo soplo vital. Había dejado atrás el oficio rígido de la «unidad de placer» y se sumergía rápidamente en la profunda urgencia del sentimiento. Un sentimiento al que todavía no podía denominar, una emoción honda y vital que la desbordaba y que ella aceptaba con una voracidad espontánea.

Parrish se dejó desvestir y cayeron ovillados sobre aquellos jergones rudimentarios.

El rito del amor, que ella todavía ignoraba, había comenzado a tomar forma en su sangre femenina y crecía en sus caricias como una espiga cálida y henchida.

El murmullo del río que se escurría entre los guijarros y juncos de la ribera, el canto plácido de la brisa y el aroma de la vegetación esplendorosa del valle inundaban aquella tosca cabaña de madera.

La pesadilla tecnológica, precisa y aséptica, parecía solamente eso: una pesadilla.

El *Organum* con su poder computarizado y su sujeción casi enfermiza a la ley se encontraba demasiado lejos, en el espacio y en el tiempo.

En realidad no hacía más de veinticuatro horas que se desprendieran del mástil de lanzamiento y en ese lapso mínimo sus cerebros estaban empeñados en adecuarse a las nuevas condiciones, por más increíbles que fueran,

Y más allá del valle, tras las colinas de lava multicolor, los mutantes, esos seres monstruosos y depredadores, acechaban la ciudad de los humanos.

* * *

Todos estaban sentados frente al edificio del Consejo, en círculos concéntricos,

El anciano de barba blanca había comenzado su explicación y Parrish buscaba en su memoria un indicio que le informara por qué el anciano le resultaba familiar.

—Nuestro pueblo ignora la historia que voy a relatar —dijo el anciano.

Un silencio respetuoso reinaba entre la concurrencia, Todos estaban allí a excepción de los guardias que vigilaban celosamente los accesos al valle.

—Hace muchos años, más de tres generaciones, el Consejo que regía la tierra decidió llevar a cabo un proyecto muy ambicioso, tal vez el más ambicioso de todos cuantos se había propuesto. El *Organum*, que así se llamaba el aparato que gobernaba la Tierra, había llegado al cénit de su poder tecnológico. Sólo tenía por delante un obstáculo: el tiempo.

Parrish atendía las palabras del anciano con una concentración

casi dolorosa. Había algo en el hombre que no le era absolutamente desconocido y sus conocimientos de «su» mundo le resultaban incomprensibles.

Magno prosiguió su relato:

—Se decidió realizar un experimento en el que finalmente se investigaría el verdadero misterio del tiempo, Una nave perfecta, con un combustible perfecto, fue dispuesta para que un hombre y una mujer la tripularan.

Todos los ojos se volvieron hacia Bok y Galia.

—Sí, ellos son los vagabundos del tiempo —afirmó el anciano,

Galia apretó entre sus manos el brazo de Parrish.

—Sólo que el tiempo tiene una lógica que le es privativa. Cuando la nave atravesó lo que se dio en llamar el *Hueco del Tiempo* y desapareció de los instrumentos de control terráqueos comenzaron a producirse una serie de fenómenos encadenados que arrebataron a la Tierra de su órbita y desembocaron en una hecatombe impredecible.

El silencio era total.

—Solamente se salvaron aquellos que estaban encerrados en el Centro de Control del *Organum*, fortalecidos por un complejo sistema de seguridad tecnológico. Ha sido la misma tecnología que destruyó a la Tierra la que permitió que un grupo de hombres y mujeres conservaran la vida.

Parrish hizo un ademán de interrumpir al anciano, pero éste levantó una mano indicándole que le permitiera terminar su increíble historia.

—Casi toda la población de la Tierra murió víctima de los seísmos y los maremotos. Los que se salvaron sufrieron una mutación genética brutal y se convirtieron en mutantes.

Un murmullo de temor crecía entre los habitantes de la ciudad humana.

—Nos ha llevado tres generaciones construir este trozo de paraíso a pesar de los continuos ataques de los mutantes. No sabemos tampoco sí en otras islas, en otros trozos de tierra esparcidos en el mar, todavía existe algún humano. Nuestro pueblo ha descubierto un nuevo modo de vida, tal vez menos «civilizado» que el que propugnaba el *Organum*, pero ciertamente más rico más hermoso.

Galia miraba al anciano fijamente y en sus enormes pupilas húmedas se leía su admiración,

—Cuando conseguimos salir del refugio del Centro de Control el caos era infernal, Pero nos sobrepusimos y construirnos este nuevo mundo. Todo fue relativamente bien basta que el ciclo de transformación de aquellos que habían padecido la catástrofe se completó y aparecieron los mutantes.

El anciano había comenzado a personalizar en la historia y ahora decía «conseguimos», nos «sobrepusimos». El era uno de aquellos sobrevivientes.

Parrish se incorporó de un salto.

—Entonces… —dijo con un hilo de voz,

—Sí, comandante, yo estaba allí cuando usted y Galia partieron en el *Fénix* rumbo al *Hueco del Tiempo*.

Todo comenzaba a aclararse. Sin embargo, era incomprensible que hubiesen podido sobrevivir a semejante cataclismo. Pero estaban allí, hablando en el idioma del *Organum*, reconstruyendo lentamente una civilización que había estado a punto de fenecer.

El anciano pareció leer los pensamientos de Parrish Bok,

Sonrió comprensivamente.

—No, comandante, nuestro propósito no es el de generar el mismo tipo de civilización tecnológica que nos llevó a la muerte. Sólo queremos vivir en paz. La Tierra prácticamente no tiene enfermedades mortales. Todos los que nos hemos salvado y no nos hemos convertido en mutantes, estamos a salvo de enfermedades graves. Nuestros cuerpos han recibido un bombardeo de rayos espaciales ignorados y se han fortalecido. En nuestra ciudad los hombres morimos de viejos o aniquilados por los mutantes. Los animales que han sufrido mutaciones no son tan peligrosos como el propio hombre transformado. Siempre hemos llevado muy dentro nuestro un apetito destructivo inextirpable.

El anciano pareció tomarse un respiro en su relato.

—Señor, ¿quién es usted? —preguntó Parrish,

—Yo soy Alan Plumb.

08

Una semana más tarde, Parrish y Galia se habían acostumbrado a aquella vida simple y hermosa, enclavada en el valle fértil tras la muralla de lava.

Alan Plumb, el anciano Magno, había conversado con Bok durante muchas horas, respondiendo a las mil preguntas que el comandante del *Fénix* elucubraba día tras día.

Al cabo de la semana, Bok se dispuso a regresar a la nave para recoger algún material,

—¿Qué piensa ahora de mi indisciplina y mi individualismo, señor? —le preguntó a Plumb con una sonrisa.

—He aprendido mucho en estos años, comandante; sin embargo, continúo pensando que el beneficio colectivo está por encima de algunas pretensiones individuales —replicó el anciano—. Claro está que pueden compaginarse los dos intereses para el bien de todos, ¿no lo cree usted así?

Cuando Bok se separó de él, Magno sonreía abiertamente,

Galia le esperaba en la choza.

—Galia, me voy en busca de la nave. La traeré al valle. No es necesario hacer varios viajes para desmontar de ella lo que nos pueda resultar de utilidad,

—Estaré lista en seguida —dijo la muchacha,

—No, iré solo —dijo Bok.

Ella se quedó mirándole.

—¿Por qué?

—Debemos atravesar la zona de los mutantes; no quiero que corras riesgos, innecesarios.

—Pero…

—Es una orden —dijo él con firmeza.

Se aproximó a Galia y la abrazó con fuerza.

—Ya te estás portando como una verdadera mujer —le dijo al oído y ella sintió que el aliento del hombre se incorporaba a su sangre encendida.

—Te estaré aguardando, comandante.

La besó suavemente en los labios y salió de la choza.

Park y Alden le aguardaban junto al pasadizo de salida.

Atravesaron el largo túnel y salieron a la fantástica llanura de lava.

El sol del mediodía ardía en el cielo. De algún modo la catástrofe sufrida por el planeta le había aproximado al astro rey y ahora, a pesar, de la debilidad creciente del sol, la energía que recibía era más que suficiente.

Estaban a punto de emprender la travesía de la llanura cuando uno de los guardias llamó a Park. Habló durante algunos minutos con él y luego se retiró al interior del pasadizo,

—¿Qué ocurre? —preguntó Parrish.

—Han desaparecido tres hombres y una mujer,

—¿Cuándo?

—Anoche. Salieron en busca de caza. En el valle no hay suficiente carne. De lo contrario clausuraríamos los pasadizos y dejaríamos de preocuparnos por los mutantes.

Emprendieron el camino.

Llegaron junto al lago y tomaron precauciones.

Alden, el negro, llevaba la pistola de Galia. Park conservaba la que le entregara Bok y él mismo portaba el fusil.

Los pesados machetes colgaban de la cintura como si fuesen el contrapunto histórico de aquellas armas sofisticadas.

Parrish vigilaba los promontorios de lava procurando adivinar la presencia del peligro.

—Has de vigilar también el lago, Parrish —dijo Park,

—¿El lago?

—Los mutantes pueden permanecer mucho tiempo en el agua. Cuando se produjo la hecatombe el mar cubrió gran parte de los continentes y en el largo proceso de metamorfosis han desarrollado un extraño tipo de branquias.

La explicación no estuvo de más.

El agua comenzó a burbujear y aparecieron en tropel un grupo

de horrorosos saurios, erguidos como mascarones y mostrando sus afilados dientes en las babosas mandíbulas semicirculares.

—¡Allí! —gritó Alden y comenzó a disparar.

Eran demasiados y estaban muy cerca de ellos.

Los tres hombres accionaban continuamente sus armas y los mutantes caían despedazados. El hedor era insoportable.

—¡Cuidado, Parrish! —exclamó Alden con desesperación.

Un enorme monstruo había aparecido desde tierra y se abalanzaba sobre el comandante.

Bok giró rápidamente, pero fue demasiado tarde.

El fusil le fue arrebatado de las manos de mi zarpazo y el mutante le abrazó furiosamente.

Cayeron al agua con estrépito.

Se hundieron como piedras, anudados en la lucha.

Parrish procuraba sostener la cabeza del extraño saurio lejos de su garganta, pero las garras de la bestia le desgarraban la espalda.

Buscó el puñal en el cinturón y lo extrajo con dificultad.

No podía respirar y el esfuerzo por contener a su agresor le agotaba rápidamente. Si no lo mataba de la primera cuchillada nada podría salvarle.

Levantó el cuchillo sobre su cabeza y abrió los ojos. Su sangre enturbiaba el agua, sin embargo, pudo ver confusamente el rostro diabólico del monstruo rabioso.

Los enormes ojos enloquecidos le miraban fijamente y de su garganta escapaba un ronco bramido salvaje.

Hundió el cuchillo en el ojo de la bestia y sintió que las enormes garras se aflojaban en su espalda, Necesitaba respirar.

Nadó hacia la superficie y respiró profundamente. El monstruo le atrapó de las piernas y volvió a hundirle.

Le acuchilló varias veces con desesperación, pero la hoja rebotaba contra la coraza escamosa que le cubría.

El mutante abrió sus fauces y trató de morder el estómago de Bok. Giró enloquecidamente entre las zarpas de la bestia y los dientes rasguñaron la piel de su abdomen.

Aquel movimiento fue providencial, Parrish hundió el cuchillo en el ojo sano del monstruo y éste se desasió con un estertor y se hundió en el lago sangriento.

Los pulmones parecían, abrasarse en su tórax, el cerebro

comenzó a nublarse por falta de oxígeno y ya no podía resistir por más tiempo aquella agonía. Una mano le atrapó del cabello y tiró de él. En un principio pensó que era el mutante que regresaba a acabar con él, pero entonces vio el rostro preocupado de Alden y se dejó arrastrar a la otra orilla.

El espectáculo era dantesco.

Había mutantes despedazados por doquier y los cuerpos hechos jirones se mezclaban con aquella sangre viscosa y fétida.

—¿Cómo estás? —preguntó Park.

—Bien, creo que estoy bien —farfulló Parrish.

Los tres hombres estaban cubiertos de sangre y de trozos de carne chamuscada.

—Lavémonos y salgamos de aquí —dijo Alden.

Estaban agotados, pero el peligro constante había obrado como una droga excitante en ellos y continuaron la marcha a paso redoblado.

Entraron en la selva, más allá de la fantasmagórica llanura y se abrieron paso a machetazos.

Anduvieron durante una hora sin detenerse.

—Descansemos un poco —dijo Bok—. En este estado no resistiríamos otro ataque.

—Trepemos a un árbol —dijo Park—. Allí estaremos más seguros.

La ascensión no resultó difícil. De las altas ramas pendían infinidad de fibras vegetales del grosor de un brazo.

Cuando llegaron arriba se acomodaron en la copa del inmenso árbol.

—Dejadme ver vuestras armas —dijo Parrish.

Desmontó las pistolas y el fusil y comprobó la energía que todavía guardaban las placas solares tratadas con *Atomium*.

—Habrá que ahorrar disparos; cuando lleguemos a la nave podremos recargarlas. He perdido la batería que traía durante la lucha en el lago.

Una hora más tarde reiniciaron la marcha.

—¿Dónde viven los mutantes? —preguntó Bok.

—En los acantilados del lago; en la ribera opuesta a la que debemos flanquear para llegar al valle.

—¿Nunca han pensado en atacarlos?

—¿Con qué tipo de armas? —preguntó Alden,

—Es cierto —convino Parrish.

—Tal vez podríamos hacer algo por sorpresa. Estas armas son muy efectivas.

—Ya pensaremos en eso —dijo Bok.

Al atardecer se hallaban muy próximos a la nave.

—Apresurémonos —dijo Park—, No me gustaría tener que dormir en la selva.

Un alarido estremecedor les paralizó de horror.

—¿Qué ha sido eso?

—Fue un grito de mujer —dijo Alden.

—Debe ser...

Un nuevo aullido resonó muy cerca de ellos.

—¡Vamos! —exclamó Parrish y se lanzaron a la carrera en la dirección de donde provenían los gritos.

Llegaron a un claro en la selva. Las copas de los enormes árboles cerraban el cielo y la humedad era espantosa,

Pero el espectáculo que allí se desarrollaba era todavía más horrible.

En la rama de un árbol un hombre y una mujer luchaban desesperadamente contra un grupo de poco más de diez mutantes.

Había todavía cuatro monstruos más inclinados sobre los cuerpos sanguinolentos de dos humanos y devoraban ávidamente la carne desgarrada.

Una náusea amarga pugnó por escapar de la garganta de Bok, pero no tuvo demasiado tiempo para pensar en ello,

Alden y Spark abrieron fuero contra aquellos carniceros y los abatieron en seguida.

La mujer tenía un brazo destrozado y trataba de impedir que los mutantes treparan hasta ella, golpeándolos con un garrote. A su lado, el hombre hundía una, y otra vez su machete en las fauces de las bestias que tenía más próximas.

Parrish levantó su fusil y comenzó a reventarlos unos tras otro.

Cuando hubo terminado su carga se abalanzó cuchillo en mano contra ellos.

Alden y Park agotaron sus pistolas y le imitaron. Sin embargo, quedaba poco por hacer

El último mutante cayó acuchillado rápidamente.

La mujer tenía el rostro lívido. Había perdido demasiada sangre.

—¡Don! —gritó Park—. ¿Estás herido?

—No; pero Masha está muy lastimada.

Don ayudó a la mujer a descender del árbol y luego se descolgó de la rama y cayó a los pies del grupo.

—No creíamos que estuvieran por aquí —explicó entre jadeos—. Pero seguramente la nave nos atrajo.

—Vamos allá —ordenó Bok.

La nave continuaba erguida en el claro calcinado, Parecía una escultura cibernética y absurda en aquel mundo salvaje.

—Subamos —dijo Parrish—. Rápido, pueden llegar en cualquier momento y no tenemos cargas en las armas.

Todos treparon por la escalerilla. Park llevaba en sus hombros a la mujer desvanecida.

Los tres hombres y la mujer entraron en la cápsula de mando del *Fénix*.

Parrish, que estaba a punto de atravesar la segunda escotilla, sintió un fuerte arañazo en el tobillo.

Un mutante había asomado su horrible hocico por la escotilla exterior y le había aferrado con sus ponzoñosas garras.

Bok clavó su cuchillo en la zarpa del monstruo y éste le soltó. Atravesó de un salto la segunda escotilla y volvió a pulsar el mando de su visor de muñeca. La MIJ reactivó los rayos Belfos y un alarido espantoso retumbó dentro de la nave.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Park.

—Lo rayos de protección lo han fulminado —replicó Parrish dejándose caer exhausto en el sillón de mandos.

Curaron el brazo herido de Masha y luego comieron de las raciones sintéticas que había en la nave,

Don miraba muy interesado los complicados instrumentos del tablero de control del *Fénix*.

—Debe haber sido maravillosa vuestra era —dijo con voz extasiada.

Parrish sintió que algo se tensaba en su pecho.

Aquella frase simple y tal vez ingenua encerraba el maldito parásito de la tecnología que había llevado a «su era», como Don la había llamado, a la destrucción total.

La propia Tierra había sucumbido al afán de aquella sociedad

computerizada.

—Mi era fue la que condujo a la catástrofe, Don. Vosotros sois más felices que nosotros.

Se durmieron rápidamente. Todos menos Parrish Bok. El tenía mucho en qué pensar.

Por ejemplo, en la destrucción del reducto de mutantes.

Al amanecer, Bok puso en marcha el circuito de encendido del *Fénix* y programó en la computadora la ruta rasante que les llevaría al valle.

Todos se ajustaron las fundas de seguridad y el *Fénix* comenzó a elevarse en el aire húmedo de *Minor* como un ave artificial y brillante de una especie extinguida.

Podía sentir la excitación de sus compañeros.

Alan Plumb había hecho un buen trabajo con aquel pueblo huérfano y castigado. Pero la fiebre de progreso que anida como una epidemia en el alma del hombre jamás desaparece.

El *Fénix* descendió junto al río, en un solar apartado del pueblo.

Todos lo vieron posarse en la tierra y se sintieron fascinados por el poder tremendo que emanaba de la magnífica nave.

Magno les esperaba de pie frente a todo su pueblo.

Cuando Parrish descendió de la cabina, ya todos estaban reunidos con sus familiares y amigos.

Galia corrió hacia él y se apretó a su cuerpo duro y fibroso.

Sintió la calidez de sus senos inflamados contra su pecho y la besó con dulzura en los labios.

—Te he extrañado, Parrish. Y temí por ti.

La voz tierna de la muchacha fue el mejor bálsamo para su espíritu dolorido.

Cuando entraron en la choza, solos y ávidos. Parrish Bok había tomado una decisión.

09

Magno y Parrish Bok estaban solos en la sala del Consejo.

El anciano le escuchaba con atención y su rostro duro y sereno escuchaba con entusiasmo.

—¿Cree que podremos regresar a la Tierra por el *Hueco del Tiempo*?

—Estamos en la Tierra, hijo —corrigió el anciano.

—Usted sabe lo que quiero decir.

—Sí, y esperaba que lo hicieras del mismo modo que esperaba que el *Fénix* llegara alguna vez. Tenía la convicción de que habían atravesado con fortuna el *Hueco del Tiempo* y comprendí que tarde o temprano debían aparecer aquí. Han pasado casi sesenta años desde entonces y en ese lapso he cavilado mucho acerca de lo que ocurriría cuando llegaras a nosotros.

—Todo volverá a empezar —sentenció Bok.

—Tal vez, pero pasará mucho tiempo.

—Tiempo… —repitió Bok—. Los dos sabemos que el tiempo no significa nada.

La voz de Alan Plumb había recobrado parte de su severidad anterior.

—Escucha, hijo; si tú pudieras atravesar nuevamente el *Hueco del Tiempo* tal vez producirías un fenómeno parecido al que ocurrió entonces y no estamos en condiciones de soportarlo.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Sólo quería conocer su opinión. Por mi parte ya he tomado una decisión.

Alan Plumb podía leer en la mente conflictuada del comandante Bok.

—Tampoco la MIJ nos ayudará en absoluto, hijo, Tenemos todo lo que necesitamos. Quizá por primera vez en la historia del hombre tenemos la oportunidad de vivir en un sitio paradisíaco, sin enfermedades m ambiciones desmedidas. ¿Lo comprendes?

—Sí. Pero hay una dificultad.

El viejo asintió nuevamente y dijo:

—Lo sé, mutantes.

Galia le esperaba en la choza.

Su cuerpo magnífico se había convertido en una escultura sana y vibrante al contacto con la naturaleza.

Se pasaba la mayor parte del tiempo haciendo faenas físicas con las mujeres del valle.

Vivía semidesnuda, al sol, bañándose en el río y gozando de un tipo de felicidad que jamás había adivinado.

Se sorprendía ante cada momento del día, sus enormes pupilas húmedas parecían dos animalillos juguetones en su rostro encantador.

Había preparado la cena.

Pescado asado y unos tubérculos dulces y aromáticos que Parrish no había probado jamás.

Bebieron leche de cabra.

Los rebaños saltaban por el valle libremente. Estaba prohibido matarlos para comer. Habían sido recogidos con infinita paciencia y no querían extinguirlos solamente por el afán de comer su carne.

Pero bebían su leche.

Eran cabras extrañas, más grandes y robustas, de un color grisáceo extravagante y de pelos muy largos y finos.

Tenían enormes cuernos retorcidos que parecían ser el síntoma más evidente de su dolorosa mutación.

Los hombres cultivaban la tierra y pescaban junto a las mujeres. No había distinción de sexos. Todos compartían las mismas faenas y los mismos placeres.

El placer máximo era la vida.

Una vida fácil y prometedora. Sin vicios ni enfermedades, sin tiranías de ningún tipo.

El Consejo de Ancianos regía cómodamente aquella sociedad alegre y complaciente. No había un criterio de autoridad que debiera imponerse.

Eran felices.

Sólo los mutantes significaban una amenaza feroz.

Si todos aquellos monstruos decidieran alguna vez atacar conjuntamente el valle, podrían masacrar a sus gentes con una pasmosa facilidad.

Pero los mutantes no tenían discernimiento, se desenvolvían como lo que eran, bestias instintivas y sangrientas. Sólo que a diferencia de los demás animales no mataban para comer, lo hacían por alguna razón atávica e inconsciente que habitaba en sus cerebros torturados desde el momento de la hecatombe.

Las patrullas de caza salían del valle con infinitas precauciones procurando evitar encuentros arriesgados con los monstruos del lago. Regresaban cargados de presas: grandes aves del tipo de los patos silvestres aunque de mayor tamaño que sus antiguos ancestros, jabalíes de más de quinientos kilos que debían ser descuartizados en el mismo sitio de la caza, ya que eran imposibles de transportar, mamíferos que provenían de la especie de los ciervos aunque su aspecto musculoso y de gran envergadura los hacía irreconocibles.

Era como si aquella increíble reducción del planeta hubiese agigantado a las especies supervivientes. Solamente los hombres protegidos por los sofisticados mecanismos de seguridad del Centro de Control habían conservado intactas sus características físicas.

La única particularidad era su belleza. Las mujeres eran altas y esbeltas, con los cuerpos entrenados por la continua actividad muscular. Las faenas, sin embargo, no resultaban demasiado pesadas. El valle era muy fértil y aquel pueblo exiliado en su propio planeta se había adecuado rápidamente a las nuevas condiciones existenciales. Solamente en tres generaciones habían saltado literalmente de una situación en la que «gozaban» de los beneficios de la suma de la tecnología a una condición casi prehistórica.

Alan Plumb, el anciano Magno, debía contar ya con cien años de edad y, no obstante, se conservaba fuerte y en la plenitud de sus facultades mentales.

La longevidad era un atributo más del pueblo que sobrevivió a la catástrofe.

Los ancianos enseñaban a los niños, les infundían el valor de su nueva filosofía. Era una filosofía comunitaria, valerosa,

desapasionada y operativa. La técnica, el progreso, la mecanización, todo lo que había conducido al final trágico de la Tierra antigua se mencionaba a título informativo como la causa de la destrucción,

Estaban aprendiendo a vivir bajo el imperio de las nuevas condiciones. El progreso todavía pertenecía a una época del futuro,

Alan Plumb le había dicho que en un principio no se atrevieron a explorar la inmensa isla en busca de otros supervivientes. Luego, la amenaza de los mutantes les impidió hacerlo.

—Ahora —había finalizado Plumb— no nos interesa demasiado contactar con posibles congéneres. ¿Quién sabe cómo habrán reaccionado ellos? Tal vez vuelvan a surgir aquellos imperios de la antigüedad que hacían de la conquista su estilo de vida. En cualquier caso, creo que son muchas las posibilidades de que haya otros grupos dispersos en las islas o los trozos de continentes. Había muchos Centros de Control secundarios a lo largo y lo ancho del planeta. No sería objetivo si pensara que hemos sido los únicos supervivientes. Los médicos, es decir los hombres especializados en el cuerpo humano, sólo se ocupan de los partos y de los heridos. No tenían más casos que ésos.

Mientras comían en silencio los alimentos que Galia había dispuesto, Parrish pensaba febrilmente en el nuevo episodio por el que atravesaba su vida. No tenía intención de regresar a la Tierra de la cual provenía; aun cuando el regreso por el *Hueco del Tiempo* no implicara otra destrucción. Había llegado, finalmente, al sitio que le correspondía.

Su decisión estaba tomada.

—¿En qué piensas? —preguntó Galia.

—En ti —dijo él y en parte era cierto.

Galia sonrió mientras bebía leche de un cántaro.

Amaba a aquella mujer. Era su compañera, su amiga, su apoyo. El hecho de haber pertenecido al Servicio Sexual y de sufrir un largo proceso especializado de educación computarizada había resultado provechoso. Frente a las nuevas condiciones que debió afrontar utilizó parte de aquellas premisas para recrear su personalidad y, poco a poco, descubría nuevas dimensiones y reconocía el valor creciente de los sentimientos.

Terminaron de comer y Parrish se echó sobre el amplio jergón.

La luz cálida del atardecer se filtraba por entre las cortinas de

juncos tejidos y creaba dentro del recinto una atmósfera de dorada intimidad.

Galia se echó a su lado.

Se abrazaron en la intimidad de aquella vivienda precaria y, sin embargo, tan estimulante y comenzaron a jugar con sus cuerpos morenos y duros como jóvenes amantes arrastrados por el misterioso encanto de la primera cita.

Se dibujaron en la piel mil piruetas encendidas y aguardaron con una impaciencia devoradora el colapso definitivo del placer total.

—Galia, he de partir por la mañana —dijo Bok sencillamente.

Afuera, el amanecer se adivinaba en la palidez del horizonte, detrás de la escarpada cordillera de lava.

Ella se incorporó en el jergón para mirarle a los ojos.

—¿Vas de caza?

—Si, en cierto modo voy de caza.

—Voy contigo —dijo ella con firmeza.

—No, no puedo permitirlo. Escucha, el único modo de que la vida aquí sea perfecta es procurar exterminar a los mutantes.

Ella comenzaba a comprender,

—Magno y yo hemos estado hablando. Saldré hoy con cuatro hombres. Llevaremos los dos fusiles y las dos pistolas. Uno de nosotros portará las baterías solares de *Atomium* para recargarlas. Iremos solos. Trataremos de sorprender a los mutantes en su refugio cuando regresen al anochecer. No creo que logremos eliminarlos a todos, pero estoy seguro que reduciremos el peligro casi por completo.

Galia temblaba imperceptiblemente cuando se abrazó al hombre; sin embargo, no dijo una sola palabra.

10

Salieron del valle poco después del amanecer. Querían tener tiempo suficiente para llegar al reducto de los mutantes. En lo posible procurarían evitar encuentros con ellos, cogiendo el camino más peligroso y largo.

Parrish y Alden iban delante portando los fusiles. Más atrás les seguía Don con las baterías de carga ajustadas a sus espaldas,

Park y Rum cerraban la marcha empuñando las pistolas.

Todos llevaban machetes y Parrish, además, había enfundado su cuchillo en una de sus botas.

—¿Qué camino seguiremos? —pregunté a la vista del lago.

Alden era el guía,

—El sendero de cornisa de la cordillera de lava —replicó el moreno.

—¿Tú has estado allí?

—Sí, Parrish. Hace mucho tiempo quise descubrir el pueblo de los mutantes. Pensé que el mejor camino sería aquella estrecha cornisa que flanquea el lago a unos cincuenta metros de altura. La cornisa es muy angosta, no tiene más de medio metro. A un lado la pared de la cordillera impide cualquier sorpresa, al otro lado el precipicio cae a pique sobre el lago profundo. Sólo podían atacarme por delante o por detrás y siempre de uno en uno. Creí que era el mejor modo de emparejar una posible lucha,

—Es cierto —convino Bok.

—Anduve todo el día y al atardecer me encontraba a unos ocho kilómetros del valle. Andar por la cornisa no es un juego de niños.

—¿Dónde viven?

—No lo sé exactamente... En el extremo norte del lago la cornisa se ensancha formando una plataforma, una especie de mirador

sobre el lago. La otra orilla está a unos cuarenta metros y allí hay una cascada. Los mutantes comenzaron a regresar a las ocho o nueve de la noche y continuaron haciéndolo hasta medianoche.

—¿Cómo lo hacían?

—Nadando, Llegaban nadando y se sumergían debajo de la cascada,

—¿Crees que habrá una gruta o algo?

—No lo sé.

—No tendremos más remedio que averiguarlo —dijo Bok con firmeza.

—Será muy difícil —replicó Alden.

—No creo que haya otra alternativa. Si es una cueva a la que se accede por debajo del nivel del lago no podremos hacer nada. Si por el contrario hay una entrada oculta tras la catarata entonces los podremos cazar uno a uno.

—A menos que haya otra salida que no conozcamos —dijo Alden.

Parrish ya había pensado en esa posibilidad.

—Yo iré a comprobarlo.

—¿Qué dices?

—Que entraré en la cueva o lo que sea y lo comprobaré —repitió Parrish con decisión.

—Estás loco —dijo Alden.

—Todo esto es una locura, amigo.

Llegaron al sendero y comenzaron a trepar por la abrupta ladera vertical de la cordillera de lava. El sendero comenzó a angostarse a medida que se elevaba y a partir de unos cuarenta metros sobre el nivel del lago se convirtió en la comisa diminuta que había descrito Alden.

—¿No nos verán del otro lado del lago? —preguntó Rum.

—No —replicó Park—. El sol les dará de frente y el resplandor del agua del lago nos hará invisibles.

Anduvieron en fila india durante más de tres horas. La caminata era lenta y difícil. Cualquier traspiés y caerían al lago desde cincuenta metros de altura y si sobrevivían a la caída tendrían que nadar varios kilómetros hasta la orilla en medio de los mutantes.

Una caída equivalía a la muerte.

Una hora más de marcha los llevó a una fisura en la ladera de

lava.

—Iré solo a echar un vistazo. —dijo Parrish—. Tal vez haya algún monstruo tras el recodo. Esperadme aquí. Ya os llamaré sí el camino está expedito.

Se adelantó unos metros y dio la vuelta a la pared del acantilado.

Allí estaba.

Un enorme mutante, echado sobre la cornisa, dormitando bajo los rayos del sol.

Parrish lo observó con detenimiento. Tenía dos piernas fuertes y escamosas. Los muslos, antes de las articulaciones de las rodillas, estaban unidos por una membrana elástica que favorecía su natación. Los poderosos brazos remataban en enormes zarpas verde oscuras de uñas afiladas como puñales. La cabeza monstruosa descansaba sobre un hombro y la mandíbula abierta permitía ver una doble hilera de dientes puntiagudos y enormes por entre los que asomaba una lengua negra y bifurcada.

Si aquello había sido un hombre ya nadie podría creerlo jamás.

Una espesa mata de pelo caía sobre el pecho resguardado tras la coraza de escamas.

Parrish ignoraba cómo se había desarrollado la metamorfosis genética del monstruo, pero a simple vista no podía descubrirle ningún rasgo sexual. Pensó de pronto que tal fuera un extraño tipo de hermafrodita y la sola idea le espantó. Tal vez un solo bicho estaba en condiciones de llevar a cabo la reproducción de la especie. O tal vez… fueran estériles y no pudieran perpetuarse.

Levantó el fusil y apuntó cuidadosamente a la cabeza horripilante. El disparo lumínico ciego reventó el monstruoso testuz y el monstruo cayó al lago sin proferir un solo gemido.

Llamó a los demás y continuaron el camino.

Cuando llegaron a la explanada frente a la cascada, la tarde comenzaba a decaer.

La visibilidad era todavía bastante buena, pero el sol había cambiado su posición y ahora podían resultar perfectamente visibles. Se ocultaron tras unas rocas y se dispusieron a observar al enemigo.

Llegaban en grupos o solos portando entre sus fauces, o en los brazos deformes, grandes piezas de caza. Avanzaban por el agua

como enormes saurios y atravesaban la cortina de agua que caía desde una altura aproximada de ochenta metros.

—No va a ser sencillo atravesar la cascada —dijo Parrish—. La fuerza del agua debe ser tremenda

—Habrá que sumergirse para hacerlo —propuso Park.

El sol comenzó a ocultarse.

—Tenemos una hora escasa de tiempo. Después ya no habrá ninguna luz —advirtió Rum.

—Bien, ha llegado el momento —resolvió Bok.

Dejó el fusil a un lado y se desprendió de la mochila.

Buscó dentro de ella y al momento extrajo una pequeña caja de metal.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Don.

—Pastillas de oxígeno —replicó Bok—. Las utilizamos en las naves para casos de emergencia. Con ellas en la boca podemos contar con una autonomía de cinco minutos.

Se ajustó la caja al cinturón, comprobó que el machete y el cuchillo no se desprenderían de sus soportes y cogió la pistola de Rum.

—Os dejo el fusil. Trataré de regresar en menos de una hora. Si para entonces no he dado ninguna señal comenzad el ataque.

—Pero… —comenzó a decir Park.

—Es una orden, Park. No podemos permitirnos ningún error. ¿De acuerdo?

—Trata de regresar antes de que la luz haya desaparecido,

—Lo haré —sonrió Parrish.

Con una larga cuerda le descolgaron hasta la superficie del lago. En el momento del descenso no había ningún mutante a la vista.

Se introdujo en el agua fría y se metió entre los dientes una pastilla de oxígeno. Miré por última vez la catarata y luego se sumergió.

Nadó lentamente procurando divisar alguna presencia extraña. No había ninguna. El agua era transparente y permitía una visibilidad bastante buena.

A unos veinte metros de la cascada el ruido era atronador y el agua se convulsionaba por efecto de la caída, sin embargo, no parecía tan violenta como resultara vista desde la otra orilla.

Bok comprendió en seguida a qué se debía. La cortina de agua

era muy delgada y, a pesar ele la altura, no tenía un volumen demasiado grande.

Se alegró, podría atravesarla sin dificultad.

Se detuvo súbitamente.

Un grupo de mutantes arrastraba un enorme jabalí en dirección a la cascada.

Nadó hacia el fondo del lago y se ocultó tras un grupo de rocas cubiertas de algas. Los vio pasar en procesión a cinco metros de donde él se hallaba y una sensación de pánico se apoderé de él. Si le descubrían era hombre muerto.

Cuando el grupo desapareció tras el remanso que producía la cascada, Parrish se aseguró de que no tendría más sorpresas y los siguió rápidamente.

Atravesó la cascada y salió cuidadosamente a la superficie.,

Tal como lo suponía.

La amplía boca de una cueva monumental se abría ante él. Nadó lentamente respirando con precaución, casi sin mover el agua.

Dentro de aquella caverna se formaba un lago natural y en las orillas habían decenas de mutantes ocupados en comer. El sol se colaba por pequeños orificios naturales que se, abrían en el techo abovedado de la cueva. Por allí no podría escapar ninguno de ellos.

No había otra salida.

El hedor era insoportable. Parrish se colocó otra pastilla de oxígeno entre los dientes y nadó hacía una fisura de lava en la orilla del lago interior.

Trepó lentamente, fascinado por aquel espectáculo horroroso.

Los haces del sol que se filtraban por los pequeños agujeros del techo parecían iluminar un escenario digno de la pesadilla más descabellada.

Centenares de mutantes, hacinados unos encima de los otros, gruñendo salvajemente y peleándose por los trozos de carne putrefacta, producían, aquel aquelarre infernal.

Y el olor. El olor nauseabundo se fundía con la humedad del recinto y producía un efecto revulsivo.

Tenía que salir de allí. Miró su reloj y comprobé que ya habían pasado cuarenta minutos.

Se dio la vuelta para regresar al agua y su hombro rozó algo que le erizó el cabello.

Un mutante comía a su lado, sobre uno de los extremos de la fisura de lava que había servido para ocultarlo.

Lo había rozado con fuerza; pero no se había inmutado, estaban acostumbrados al hacinamiento.

Bok se deslizó rápidamente al agua, colocó una tercera pastilla de oxígeno entre sus dientes y se sumergió.

Estaba mucho más oscuro que cuando llegara y nadaba con mayor lentitud, atento a cualquier sorpresa.

Se hizo a un lado justo a tiempo para dejar pasar a un grupo de monstruos que regresaba del exterior.

Casi pudo olerlos bajo el agua mientras su corazón latía como un tambor borracho.

Llegó al fondo del lago y comenzó a nadar rápidamente hacia afuera. Había comprobado que los mutantes nadaban próximos a la superficie y aquella comprobación lo salvó de encuentros mortales.

Mientras salía de la cueva y cruzaba la catarata, varios grupos de mutantes se cruzaron con él, por encima de su curso, chapoteando furiosamente.

Continuó nadando con rapidez hasta que calculó que estaría a unos treinta metros de la cueva, entonces salió a la superficie.

Efectivamente, estaba a esa distancia de la caverna; pero había torcido levemente el curso y la cuerda por la que había descendido pendía a unos cuarenta metros de él, a su derecha.

Comenzó a nadar hacia ella.

A poca distancia de su objetivo se detuvo. En las sombras del acantilado, justo donde estaba la cuerda había algo, o alguien…

«Tal vez uno de mis compañeros», pensó.

Se acercó sigilosamente.

El mutante se volvió en el último instante y los dos se descubrieron al mismo tiempo.

Parrish tuvo el tiempo justo de sumergirse para ofrecer batalla a su espantoso enemigo. No tenía que dejarlo aproximar.

La luz era precaria y, sin embargo, se veía lo suficiente como para prever los movimientos de su repugnante adversario.

Cogió el machete con su mano izquierda y el puñal con la derecha. La pistola resultaba inútil.

La bestia nadaba hacia él con las garras estiradas y el rostro contraído. Las enormes fauces ofrecían una visión espeluznante.

En el último momento, Parrish arremetió contra el mutante. El machete resbaló en los dientes y se hundió en la garganta del reptil. Bok tiró de él, pero no pudo extraerlo. La bestia luchaba por quitárselo y el agua se revolvía como si hirviera ante los espasmos del mutante herido.

«Si atrae a algún otro estoy perdido», se dijo Parrish.

Nadando velozmente pasó junto al monstruo y se dirigió hacia la superficie. Salió junto a la cuerda y se aferró a ella.

—¡Soy yo! —gritó—. ¡Subidme!

Sintió que la cuerda se tensaba y que su cuerpo comenzaba a ascender.

—¡Por fin! —gritó Park con alegría.

—Comandante, ya te dábamos por perdido —agregó Alden con una gran sonrisa,

—¿Qué has descubierto? —preguntó Don,

—No hay ninguna otra salida.

—Perfecto —dijo Rum.

—Creo que podemos esperar todavía un par de horas.

Todos le miraron con sorpresa.

—En un par de horas no sabremos a qué le disparamos —terció Park.

—Escuchadme: ahí dentro hay cientos de mutantes. Lo que debemos hacer es esperar a que haya regresado la mayor cantidad posible de monstruos y entonces sellar la caverna.

—¿Sellarla?

—Eso he dicho. Sellarla. Si disparamos contra los flancos de la entrada, a través de la cascada, podremos sellar la entrada. Destruiremos parte del acantilado y toneladas de roca y lava obturarán el acceso a la madriguera.

—Es lo mejor —conminó Alden.

—Sí; sí no lo hacemos así tendremos que pasamos semanas enteras tirando al blanco.

—Exacto —reconoció Bok.

—Descansa, comandante —propuso Don—. Ya te avisaremos en cuanto sea la hora propicia.

Parrish se echó en el suelo rocoso y cayó en un profundo sopor. Estaba exhausto.

* * *

El sueño lo tragó como una gran garganta negra y silenciosa. Se deslizó hacia el fondo de sí mismo, rodando sobre la telaraña de los últimos acontecimientos.

Era un descenso pegajoso y lento, una caída imprevisible en la que los últimos acontecimientos vividos desde el hueco del tiempo fuera atravesado constituían un caleidoscopio multicolor y atolondrado.

Las imágenes de la odisea se reproducían sin orden ni sentido componiendo un juego caprichoso y atemorizador.

El cerebro de Parrish procuraba emerger de aquella inconsciencia febril como si no fuera más que un náufrago agotado en medio de una tromba mortal.

La epopeya de aquella nueva Tierra se representaba indisciplinadamente en los pliegues de su conciencia y daba zarpazos descontrolados en todas direcciones, buscando, buscando una y otra vez una línea directriz que guiara el sueño del hombre exhausto en una dirección lógica.

Pero el descanso no llegaba...

Galia y los mutantes, Alan Plumb y el consejo, el hueco del tiempo, otra vez los mutantes con su expresión terrible y su cuerpo poderoso y degenerado, babeando con las fauces abiertas y un brillo demente en los ojos húmedos.

La muerte de aquellos seres genéticamente descompuestos por obra de un experimento definitivo, la eliminación de un pueblo asesino que antes había formado parte de la comunidad de los hombres. Era demencial.

De algún modo, dentro del sueño, la idea culpable de que la matanza de los mutantes que iba a iniciarse poco después era algo así como un genocidio, se filtró entre las imágenes caprichosas que formulaba se cerebro como un torbellino multicolor,

¿Era acaso un genocidio de otra índole?

¿Una eliminación masiva de los fantasmas que la tecnología disparada del hombre había ayudado a formar?

El olor nauseabundo de aquellos entes repulsivos y depredadores inundó el sueño como una pesadilla dentro de la misma pesadilla,

Parrish se removió inquieto.

Su cerebro trabajaba en busca de una justificación. El hombre siempre justifica su conducta, aún en las situaciones más

insospechadas.

Y Parrish, nadando contra la marea de su atávica moralidad humana, alcanzó una definición sin alternativas,

No era un genocidio.

Era solamente la misma lucha de siempre, una batalla interminable que involucraba permanentemente un hecho que era una finalidad en sí mismo: la supervivencia del hombre, el desarrollo de la especie humana.

Cada paso de la humanidad ha chapoteado en la sangre de la propia humanidad, ha implicado el exterminio de otras especies, ha borrado de la faz de la tierra millones de seres vivientes en aras del progreso.

¿Qué progreso?

La civilización se había convertido en una palabra maldita.

Parrish se agitaba en aquella marea frenética como un insecto minúsculo atrapado en la telaraña de su propia cultura.

Pero no había más que un desenlace.

Los mutantes debían morir para que los últimos hombres pudiesen vivir.

La certeza de aquella idea final impregnó su sueño agitado y su cuerpo se relajó como el de un niño bien alimentado que ha quedado satisfecho.

La historia volvía a repetirse y el hombre volvía a matar aunque esta vez fuese inevitable.

La noche creció en la Tierra, tendió su máscara oscura y mágica sobre el lago de los mutantes y repitió una vez más el ciclo que había iniciado cuando el mundo todavía no se había convertido en una pesadilla.

Alden miró a sus compañeros y desvió la mirada hacia la superficie umbría del lago.

Todo parecía estar en calma, el viento apenas mecía aquella mancha líquida y toda la escenografía parecía alejarse del drama que vivían aquellos sobrevivientes de la hecatombe tecnológica.

Alden se sintió invadido por una gran paz. Tal vez después de aquella misión sanguinaria su pueblo pudiese crear una identidad nueva, una civilización en la que los errores del pasado sirvieran para edificar una moral más sólida.

Una civilización en la que el progreso, el desarrollo del propio

hombre, no creciera sobre el cadáver patético de la humanidad.

* * *

—Parrish, Parrish, despierta —dijo Alden, sacudiéndole.

—¿Qué ocurre?

—Ya es medianoche y hace más de una hora que no vemos ningún movimiento.

Bok se incorporó y miró hacia la catarata.

La luz de la luna, pálida, muda y precaria, apenas si iluminaba el lago.

—¿Estáis seguros? —preguntó Parrish.

—Sí —replicó Park—. Cuando nadan lo hacen en la superficie y se puede escuchar el chapoteo y ver su sombra en movimiento.

—Bien, entonces ha llegado el momento,

Cogió el fusil y apuntó cuidadosamente hacía donde sabía que se hallaba uno de los costados de la boca de la caverna, tras la cortina de agua.

Disparó dos veces y un ruido estremecedor invadió la noche quieta.

Apuntó hacia el otro costado y repitió la operación.

—Ahora ya sabéis dónde hay que apuntar. ¡Rápido, no podemos perder ni un minuto!

Todos dispararon sus armas hasta agotar las cargas.

Don las recargaba una a una con las baterías solares de energía comprimida y volvían a descargarlas rápidamente en una sucesión ininterrumpida de disparos.

La catarata se había modificado. Ahora caía desordenadamente sobre toneladas de piedra y lava solidificada, creando grotescas figuras de espuma.

El polvo de roca se sumaba a la llovizna del agua y, la visibilidad resultaba totalmente nula.

Continuaron disparando sin detenerse durante tres horas más.

—Las baterías de carga se están agotando —advirtió Don.

—Alto el fuego —ordenó Parrish,

Estaban sudorosos y agotados.

—Aguardaremos a que amanezca. Sólo dispararemos si vemos algo o escuchamos algún chapoteo que indique la presencia de algún sobreviviente o el regreso de algún monstruo retrasado. ¿De acuerdo?

Todos asintieron.

Cuando salió el sol pudieron verificar las consecuencias terribles del ataque.

Toneladas de roca y lava destrozadas cubrían el otro flanco del lago frente a la cueva.

La catarata había desaparecido, convirtiéndose en multitud de hilos de agua que se escurría entre los escombros amontonados.

La fisonomía de la costa había cambiado por completo.

No se veía ningún mutante.

—Vamos allá —dijo Parrish.

Hicieron el camino de regreso apresuradamente, alentados por el triunfo.

Cuando llegaron al final del camino de comisa vieron una decena de mutantes agrupados en el camino que flanqueaba el lago, rugiendo enfurecidos y mirando hacia donde pocas horas antes se hallara la entrada a su madriguera.

Los abatieron sin piedad y sin exponerse, con los fusiles de rayos lumínicos ciegos.

Rodearon el lago y llegaron hasta el techo de la cueva. Por los pequeños orificios que Parrish había observado desde el interior todavía se escuchaban rugidos y lamentos.

—Dispararemos desde aquí —ordenó Bok.

A través de aquellos pequeños agujeros dispararon a ciegas. Los rugidos se multiplicaron en el interior de aquella monstruosa tumba natural.

* * *

Aquél fue un día de fiesta.

Parrish no creía que hubiesen conseguido exterminar a todos los mutantes, pero los sobrevivientes tendrían que marcharse en busca de otro refugio, y aun cuando se quedaran en la zona, no serían tantos como para amenazar la supervivencia de la ciudad de los humanos.

Todos se reunieron frente al edificio del Consejo y bailaron, comieron y bebieron con una felicidad que ahora no tenía obstáculos.

Galia estaba radiante.

Parrish la cogió de la mano y la guió entre los grupos de amigos, apartándose del jolgorio y las risas. Todos le estrechaban la mano y

le daban palmadas de reconocimiento,

La joven se apretaba a su brazo y sentía que su pecho hervía de emoción.

Cuando llegaron junto a Alan Plumb, el anciano les hizo una seña.

Se acercaron a él. Una expresión amable e inteligente se dibujaba en su rostro patriarcal.

—Ve, Parrish Bok —dijo con su voz profunda y sabia—. Sé que has tornado la decisión acertada. Ve, hijo mío.

Salieron del poblado abrazados y radiantes. Parecían más jóvenes, estimulados por una renacida alegría de vivir, de gozar poco a poco del nuevo paraíso,

—¿A qué decisión se refería el anciano? —preguntó Galia,

Bok se detuvo junto al río y cogió entre sus manos el rostro maravilloso de la otrora mujer objeto, la «unidad de placer».

—Tú eres mi «unidad de placer» exclusiva —le dijo en voz muy baja.

Ella abrió los labios y Parrish la besó con intensidad, saboreando la calidez de la muchacha, reconociendo en la caricia un aliento renovado.

Continuaron el camino, bordeando el riachuelo claro y murmurante hasta llegar junto al claro en el que reposaba el ave de la hecatombe, el *Fénix*.

La nave parecía el símbolo inocente de la epopeya que vivían, un extraño monumento tecnológico que expresaba por sí mismo el holocausto del hombre.

—Aguarda aquí —dijo Bok.

Se apartó de la muchacha y se dirigió al *Fénix*. Trepó ágilmente a la cabina de control y desapareció en la entraña aséptica de la nave.

Diez minutos más tarde reapareció en la escotilla y bajó por la escalerilla de acceso.

Se reunió con Galia y le pasó un brazo por la cintura. En su mano sostenía una gran caja.

—¿Qué es eso? —preguntó la muchacha.

—Cosas útiles e inofensivas —replicó él.

Ella le miró con sorpresa.

—Ven, Galia; alejémonos de aquí.

Dieron la espalda al *Fénix* y volvieron sobre sus pasos, recorriendo el claro en dirección a la orilla del riachuelo.

Se detuvieron a unos cincuenta metros de la nave y se volvieron hacia ella.

El *Fénix* pareció iluminarse de pronto, empalidecer en un relámpago de fuego.

Durante algunos segundos la gran mole pareció gravitar sobre el fondo verde de la floresta para luego desintegrarse por completo.

Parrish había activado la MIJ para que pusiera en funcionamiento el mecanismo de autodestrucción de la nave.

Se volvió hacia la muchacha.

Galia estaba absorta.

—Es mi regalo para ti, muchacha.

La joven sintió que una emoción desbordante se arremolinaba en su pecho y pugnaba por hallar las palabras justas, aquellas palabras que ella jamás hubiera aprendido en la sociedad que la había generado.

Las palabras aparecieron súbitamente, creciendo en su garganta inflamada.

Parrish la sentía latir, conmoverse, luchar consigo misma, estremecida por la convicción de ser una mujer nueva, excitada y feliz.

—Te amo, Parrish.

Bok la miró profundamente y leyó en sus pupilas brillantes la maravilla que anidaba en la mujer. La apretó contra su pecho fibroso y se alimentó del latido fervoroso que estremecía la dulce anatomía de la hembra.

La besó tiernamente en los labios.

Había comenzado una nueva era.

FIN